

CAPILLA SIXTINA, ROMA.

El Juicio Final. Fresco de Miguel Angel.



ABRIL DE 1907

REVISTA MODERNA DE MEXICO



DIRECTOR, JESÚS E. VALENZUELA. CONSULTOR ARTÍSTICO, JESÚS URUETA.

VIAJES EXTRAORDINARIOS

DE SIR JOB, DUQUE

En wagón.—Veracruz, de día y de noche.—Paseos en bote.—Viaje alrededor de las veracruzanas.
Bailes y Banquetes.—A bordo del "Tamaulipas."

A JESÚS E. VALENZUELA.

EN WAGON.

*Ya amanece.—El sol y los volcanes.—¿Quiénes vamos?
—Los llanos de Apam.—Tomen ustedes cognac.—En
Esperanza.—Las cumbres.—Escenas de túnel y otras.
—Mortis imago.—Orizaba y Córdoba.—¿En dónde
dormiremos?—¡Ecco apparir Jerusalem si vede!—
¡Buenas noches!*

La mañana es tan blanca, rubia y delicada, como un bebé inglés de buena casa. Está primero dormidita en su colchón azul, con estrellas de plata; luego, entorna los párpados, se mueve, deja ver sus pupilas de «no me olvides,» alza el brazo y abre muy poco á poco las cortinas de su cuna, hechas con ese encaje de Bruselas, al que llama neblina Mariano Bárcena, y con el que hacen mantillas las modistas del cielo, cuando las vírgenes quieren vestirse de andaluzas.

Las estrellas, que en las solemnes horas de la noche tienen la claridad del oro pulido, en la madrugada parecen diamantes engastados en arillos de plata, como las alhajas de nuestros abuelos. Gradualmente, la quietud nocturna se va rompiendo aquí y allá para abrir paso á los sonidos, á manera de un río negro á cuya superficie van saliendo muchos peces. Por allá rompe la atmósfera, como un dardo puntiagudo, el quiquiriquí de los gallos; acullá gorjean los pájaros, pidiendo su desayuno. Durante las horas graves de la noche, hasta los árboles están dormidos. Es preciso que sople un viento fuerte para que agiten sus brazos y lancen voces ó quejidos: entonces tienen pesadilla. Mas, si ninguna ráfaga tempestuosa les sacude, duermen de pie, y sólo se escucha la amplia respiración de sus pul-

mones. Es necesario que comience á clarear, para que recobren sus apariencias de vida. Entonces baja de la montaña un aire fresco: es el paje que viene á despertarles, llega cantando, cosquillea las ramas y al punto se estremecen los árboles, aspiran el rocío de la mañana, y dejan que los pájaros se escapen de su fronda, como una turba de sueños, huyendo despavorida del cerebro.

Ya la cima de los montes
El sol baña con sus rayos,
Y ya resonar se escucha
La esquila de los ganados.
¡Oh mi bien! ¡mi corderilla!
¡Mi sol, mi amor y mi encanto!
¡Cuánto por mirar daría
Otra vez tus ojos claros!

Yo con atención inquieta
Los tristes ojos levanto:
¡Adiós, niña de mi vida,
Ya de este país me marchó!
¡Vana esperanza! no veo
En las rejas de tu cuarto
Blanco visillo correrse
Sobre los cristales claros.
Ella reposa; le presta
El sueño dulce descanso;
Probablemente sonríe
Con mis amores soñando.

* * *

En la ciudad tiene la madrugada aspecto diferente. En las primeras páginas de «M. de Camors,» describe Octavio de Feuillet á maravilla el despertar de París. Yo no intentaré la misma empresa. Unos volviendo de las cenas y los bailes, otros encaminándose al embarcadero de un ferrocarril, ó yendo de caza con la escopeta al hombro, hemos asistido al curioso espectáculo del amanecer. La campana de Santa Teresa llama á la primera misa que se celebra en las iglesias de México. Algunas cantinas y tendajos de ínfima clase abren la puerta, dejando ver las mesas de palo blanco en donde humea el café. Los barrenderos limpian las aceras, presididos por el gendarme que, con la capucha calada, presencia desde la esquina sus maniobras.

Allí va el carro del lechero, despertando á los vecinos de sueño frágil con el sonido de sus tarros de hojalata. Algunos zaguanes se entornan: aquella señora de tápalo pardo, va á la primera misa; ese que lleva á costas su maleta, se dirige á Buenavista ó á San Lázaro. Los cocheros se desayunan en torno de las mesas que se sitúan en los portales. Varios fiacres, con los faroles encendidos, corren al embarcadero de los ferrocarriles. Por los barrios, y aun por algunas calles céntricas, pasan mugiendo las vacas que conducen á la ordeña. No es remoto que encontremos á algún ebrio tambaleando en las aceras; mas en cambio, devotos y devotas aguardan, en la puerta de la iglesia, á que abra la cancela el sacristán. Entrad en el templo. Casimiro Collado ha descrito admirablemente el aspecto de la casa de oración en tales horas.

Sombrío el templo está: del alba luchan
Los rayos con la lámpara oscitante
Que ilumina el altar;
Y entre el silencio lúgubre se escuchan
Los pasos de un anciano vacilante
Que madruga á rezar.
Poco á poco la luz por las ojivas
Ventanas entra; cae y resplandece
Del templo en la extensión;
Repléganse las sombras fugitivas,
La bóveda profunda se estremece
Del bronce sacro al són.
Huye azorado el pájaro nocturno,
Por la luz y el estruendo sorprendido
Donde sacia su sed;
Mientras otro volátil, taciturno,
De la gran puerta al áspero ruido
Salta por la pared.
Ya con solemne lentitud arrastra
Un sacerdote el fúnebre ropaje
Por la nave al cruzar;
Ya de hinojos al pie de una pilastra
Mírase envuelto en desgarrado traje
Á un mendigo temblar.

* * *

Para completar el cuadro de la madrugada, hay que asistir al paradero de una vía férrea. Allí es mayor el movimiento. Los coches llegan cargados de maletas y equipajes. Una turba de pilluelos se agolpa á las

portezuelas disputando los bultos que han de llevarse á los wagones.

Los papeleros vocean «La Libertad» y «El Monitor.» En la oficina de equipajes, alumbrada todavía con luz artificial, se pesan continuamente baúles, mundos y maletas. La romana gruñe, y los pasajeros, temerosos de que salga el tren sin ellos, se empujan, se codean y se magullan. Por fin, con el saco de viaje en la mano, pasa usted la rejilla y entra en el andén. Allí son de ver el hormigueo de los mozos cargados de fardos, sacos y mundos; la confusión babélica de gritos, saludos, despedidas, campanadas, silbidos, interrogaciones é interjecciones; las escenas grotescas ó dramáticas de familias que se disgregan é incompletan con los viajes; los encargos de á última hora, y las conversaciones desde el ventanillo. La locomotora, el negro caballo del imperio del hierro, se dirige á su bebedero para saciar su sed y refrescar sus entrañas hirvientes. Los wagones abren sus puertas para tragarse, como antropófagos, á los pasajeros; de repente, ligera como una pluma y pesada como una montaña, pónese en movimiento la serpiente de hierro; la locomotora hace un esfuerzo, mueve sus patas circulares, lanza resoplidos y surtidores de vapor, arranca los pesados carruajes de su inercia, separa manos que se estrechan con efusión, rompe los hilos de diamante que unen tantos corazones y se pierde á lo lejos, mientras sacuden los viajeros sus pañuelos asomados á los angostos ventanillos. ¡Qué triste es tal instante cuando se va al extranjero, sin saber el día del regreso! Los que se van permanecen mudos y sombríos hasta perder de vista la estación; los que se quedan vuelven á sus casas, enjugándose el llanto, y sin hablar una palabra, en el obscuro fondo del carruaje.

*
* *

Por fortuna, ni voy desterrado ni me apena la incertidumbre del regreso. Con dos amigos de buen humor subo al wagón y

procuro ganarme un buen asiento. ¡A Veracruz! ¡A Veracruz! ¿Por qué no tomo el tren oficial? En este punto, permítanme ustedes que guarde el secreto. Alguna vez, aun siendo periodista, he de observar escrupulosa discreción. Al cabo y fin, no era por todo extremo interesante que describiera menudamente los hechizos de ochenta ó cien barbudos, famosos en la política y las letras.

Los convoyes oficiales son idénticos. ¿Vieron ustedes uno? Pues han visto todos. Además, aquí vamos con señoras, lo cual nunca es de menospreciarse, sobre todo, cuando se trata de pasar catorce horas en wagón. No puedo darme cuenta aún de quiénes vamos. Hasta ahora, sólo sé que hemos entrado, Pancho Garay, Octavio Baz, una botella de vino del Rhin, dos de cognac, un «paté de foie-gras,» y yo. Con la venia de ustedes, cubro mi cabeza con el gorro de camino, me envuelvo en el amarillo guardapolvo; dejo á mis pies el protector zarpape, que en tantas correrías me ha acompañado, y tomo el primer sorbo de cognac. ¡Jesús! ¿qué ven mis ojos? ¡Valenzuela! Caí en sus brazos, aunque hubiera preferido caer en los de alguna mujer guapa, y lo estrecho con íntima efusión. ¡Bien empezaba el viaje, cuando tan agradable compañero iba á mi lado! Con Valenzuela puede irse al fin del mundo; primero, porque la buena estrella del joven diputado es un indicio de bonanza; segundo, porque mozo tan decididor, franco y resuelto, no se halla ni buscado con linterna. Juntos hicimos las primeras armas en las columnas de este mismo diario, que entonces no era tan gigantesco como ahora, y juntos hemos de estar en el Congreso, si Dios, el pueblo y el Gobierno lo permiten. Iba con Valenzuela un doctor en ciernes, muy simpático por más señas, y que se apellida Prieto, yo no sé por qué. Llevábamos, pues, un médico de cámara, muy capaz de salvarnos de cualquiera enfermedad, y más particularmente del vómito prieto, que por ser homónimo suyo, debe guardarle ciertas consideraciones. Hicimos un grupo aparte; y merced á tan buenos compañeros, guardé los libros y

la baraja francesa, que para distraer el tedio del camino había llevado.

Nada más triste, en verdad, que esos interminables llanos de Apam. Allí las primeras horas de la mañana, no tienen el color ni la frescura con que yo las pintaba algunas líneas más arriba. En cambio, son más solemnes é imponentes. En los amplios horizontes, se espacia la vista, y ningún bosque, ningún pueblo, ningún árbol la estorba en su carrera á las montañas. Estas, con el color azul que les da la distancia, se extienden formando curvas y ondulaciones caprichosas. Unas parecen los hinchados senos de una mujer azul; otras, la joroba de un monstruo marino. Entre todas, destacan majestuosas y triunfantes los dos volcanes: el «Popocatépetl» y el «Ixtaccíhuatl;» la «Montaña que humea» y la «Mujer Blanca.» A ciertas horas, el «Ixtaccíhuatl» parece una colosal estatua yacente. Aumentad extraordinariamente la idea que despiertan los siguientes versos de Becquer, y podréis figuraros el volcán:

En la imponente nave
Del templo bizantino,
Ví la gótica tumba á la indecisa
Luz que temblaba en los pintados vidrios
Las manos sobre el pecho
Y en las manos un libro
Una mujer hermosa reposaba
Sobre la urna del cincel prodigio.

Hay una hora, sin embargo, en que el volcán tiene otro aspecto: la hora del amanecer. El sol besa la nieve con sus rayos, y la Mujer Blanca se ruboriza. Parece una recién casada, aguardando en el lecho á que su esposo venga á darle el saludo de la mañana. Las colchas blancas cubren todo su cuerpo y cierran castamente debajo de la barba; pero dibujando el suave contorno de una rodilla redonda y la graciosa curva de los senos. El Popocatépetl es más severo. También muda de color y se enrojece cuando nace el sol. Está celoso, y la cólera caliente y agita su sangre. El Popocatépetl es el marido de la Mujer Blanca; el Sol es el amante. Cuando veáis que las nubes en-

vuelven á los esposos gigantescos, es que han corrido los cadentes cortinajes, para que ni los astros, ni los hombres, presencien sus fantásticos amores.

*
*
*

El viajero poeta va embebecido en la contemplación de los volcanes. El paisaje, como he dicho, no tiene accidentes ni detalles. Gautier decía que los árboles impiden ver el campo; por consiguiente, los monótonos llanos que se extienden desde México hasta Esperanza, le habrían enamorado y sorprendido.

En el wagón en que nosotros íbamos, estaban la señora de Manterola, cuya amabilidad y distinción son extremadas; la hechicera señorita María Ramírez, algunas otras damas cuyos nombres no supe, D. Juan de Dios Arias con su distinguida familia, el diputado Herrera, Alberto Morales Manso, que es un excelentísimo compañero de viaje, los tres Rubín, los Escandón, Tomás Morán y Manuel Javier Algara. El otro wagón y en un departamento reservado, iban Roberto A. Esteva y Fernando Trueba, con sus señoras. La señora Ruiz de Trueba está recién casada; iba, pues, á hacer el viaje de bodas y á vivir en la contemplación de dos inmensidades: la inmensidad del mar y la inmensidad del amor. Isabel, la señora de Roberto, llevaba un elegante traje de camino y un precioso sombrero de ala tendida á la Enrique III. Su rostro de duquesa de la época de Luis XV, formaba con el sombrero Montpensier un delicioso anacronismo.

*
*
*

Ya fortalecidos por un mediano almuerzo, continuamos el camino. Ya podía ver y admirar á mi sabor «El Pico de cristal de Orizaba,» como dice gallardamente Juan de Dios Peza. De cristal, es verdad, cristal opaco. A medida que se avanza en el camino, el Pico va cambiando de formas y

colores. Es como una mujer que no se entrega sino con resistencias y pudores: primero, alza su manga para que admiremos la redondez pulida de su brazo; después, levanta la enagua y deja á descubierto el breve pie; ya desnuda la morbidez de la garganta y suelta en largas hebras el cabello rubio; ya vuelve á recatarse y encubrirse, como una virgen friolenta al salir del baño. Cuando, por fin, se muestra en todo el esplendor de su blancura, los ojos quedan sorprendidos y admirados. ¿Recordáis la «Sinfonía en blanco mayor» de Teófilo Gautier? Siento no traducirla, porque es intraducible para aplicarla al Pico de Orizaba.

Sphinx enterré par l'avalanche
Gardien des glaciers étoilés
Et qui, sous sa poitrine blanche
Cache de blancs secrets gelés.

La parte interesante del camino á Veracruz, comienza en Boca del Monte. Desde allí todo es «horriblemente hermoso,» como decía Alfredo Bablot. No es un camino de hombres, sino un camino de águilas.

Los rieles van estrechando, en un abrazo ascendente, el cuerpo colosal de la montaña. Nada más atrevido ni más pintoresco. La vegetación es exuberante y enmarañada. Diríase que los pinos se preguntan, en el colmo del estupor, cómo han podido los hombres penetrar hasta su recóndito secreto. A ratos, el tren se columpia sobre un abismo, en cuyo fondo las casas parecen manchas de cal, y los árboles diminutos puntos negros. Yo pasé toda aquella parte del camino en la plataforma del wagón, y

con una chica muy guapa que se llama Luz; pero de buena gana me habría atado al barrantal de hierro, como Ulises al mástil del navío. El vértigo se apodera de uno, y se siente la invencible necesidad de arrojarse al vacío. Los puentes suceden á los puentes, y los túneles á los túneles. A cada rato una boca negra, desdentada por fortuna, traga el convoy. Reina la obscuridad durante algunos momentos; y al salir de ella, los novios repiten desconsolados aquel cantar de Campoamor:

Con tanto placer cruzamos
El túnel de Elda los dos,
Que al salir de él exclamamos:
¿No habrá otro túnel, gran Dios?

Al llegar á Orizaba, el camino se suaviza. Comienza la admirable vegetación de la tierra caliente; los plataneros, los cafetos, la caña de azúcar. Toda esa parte del camino debe pasarse leyendo la oda de D. Andrés Bello á la «Agricultura de la Zona Tórrida.» Quedan atrás las espantosas barrancas, los atrevidos puentes y los negros túneles. Parece que se torna á la vida. De cuando en cuando vuelve á pasarse algún minuto de terror; pero éstos son ya más raros y menos agudos. Por desgracia, en Córdoba comienza á obscurecer, y el manto negro de la noche cubre las bellezas del camino. Los párpados fatigados se cierran; el cuerpo busca una postura cómoda, y en esta guisa se llega á Veracruz. ¡Santo Dios! ¡si nos habrán guardado alojamiento!...

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

(Continuará).





HORAS DE AUSENCIA

Puntito de oro de los ojos negros
que inspiraron al viejo Donizetti;
fugas, *staccatti* y líricos *allegros*,
y á los poetas mágicos *concetti*.

Ojos que fueron iluminaciones
en las cálidas noches de verbena,
y fueron siempre las inspiraciones
de los piropos á la sal morena.

Ojos que promovieron tempestades
en castos corazones juveniles;
ojos llenos de extrañas claridades,
claridades celestes y sutiles

Ojos que en las alegres romerías
fueron delicia de los bailarines;
que dieron musicales alegrías
al quejido fugaz de los violines

Encanto de las tardes de verano,
que se ven declinar en la campiña;

los rayos del poniente sol lejano
desmáyanse en los ojos de la niña.

Ojos de imperturbable y tierno encanto,
ojos de claridad y celestía;
ojos cuya lumbrera dura tanto
como en el valle el declinar del día....

Ojos ante los cuales exhalan
todos los amadores locas quejas;
ojos de luz fatal que centellean
en las noches de luna, tras las rejas....

Ojos ante los cuales cantan jotas
todos los tocadores callejeros;
ojos que fueron tema de gavotas,
de polkas, de schotis y de boleros.

Ojos siempre evocados en cantares
donde se habla de flores y de luces;
ojos de peteneras, soleares
y malagueñas y aires andaluces....

Ojos brillantes, ojos atractivos,
ojos de animación y de alegría;
ó bien ojos cadentes, pensativos,
ojos de ensueño y de melancolía....

Ojos, á veces, de bondad divina
y de penetración celeste y suave;
que fueron una grata medicina
sobre la fiebre del enfermo grave....

Ojos siempre fulgentes como soles,
más declinantes como en el poniente;

maravillosos ojos españoles,
¡oh! ¿quién dirá vuestra expresión ardiente?...

¿Quién dirá el elocuente abecedario
con que formáis vuestro gentil idioma?...
¿Y quién dirá vuestro mirar tan vario
y vuestra refulgencia y vuestro aroma?...

Ojos de intensa luz, ¡cómo os admiro!...
Ojazos de fulgor, ¡cómo os adoro!
En vuestros luminares yo me inspiro
para cantar mi amor. Puntito de oro,

de los ojazos de mi niña bella,
—la niña pecadora y redimida,—
vendrás á ser como una dulce estrella
sobre la densa sombra de mi vida?....

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO.

Madrid.





LA SEMANA

NOVELLI EN LA ESCENA

(Del "Mundo Ilustrado").

Puedo ya aventurarme á escribir mis impresiones acerca de este artista. Han quedado, por fin, definidas y firmes en mi entendimiento. Voy á clavarlas aquí con la punta de mi pluma para que no tan pronto se las lleve y las arrastre hasta el olvido, el aire de la vida.

Desde luego diré, que cuando veo representar á un actor italiano, recuerdo, sin querer, un episodio del famoso *Viaje*, de Taine. Cuenta el maestro que un dia, al cruzar por la calle de una ciudad italiana, se le acercaron á ofrecerle chucherías regionales, algunos vendedores ambulantes. Y anota el curioso francés, cómo todas aquellas gentes mostraban en la actitud, en la gesticulación, en las entonaciones de voz, en los fulgores de la mirada, una extraordinaria facultad persuasiva, un desbordamiento pasional, que eran de seguro ficticios, pero que no dejaban de ser subyugadores. Aquellos hombres del pueblo exageraban su mimica sin ridiculizarla, y sabían despertar el interés y la imaginación y la emoción: su sabiduría era instintiva, nadie se las había enseñado. Eran unos comediantes na-

tos. Y aquí Taine encuentra una esencial característica de la raza.

En efecto, un actor italiano cuenta ya con naturales dotes para la carrera del teatro. El mármol del bloque es excelente para que el cincel y el martillo del estudio, golpeando en la masa, encuentren la escultura. El italiano es vivo de fantasía y rico de emotividad. Está en tensión pasional, casi constante. Tiene una sensibilidad en hiperestesia incurable, que su vivacidad imaginativa exalta y recrudece por instantes. Es ardoroso é impetuoso, mas inconstante y tornado en sus impresiones, al punto de pasar de un salto de la ira á la ternura, del éxtasis al arrebató. No es raro, pues, que á esta maravillosa facultad de sentirlo todo, una no menos maravillosa de expresarlo y transmitirlo todo.

Un actor italiano es frecuentemente un prodigio de expresión. Ermete Novelli es uno de los más altos y nobles ejemplares de arte escénico que ha producido aquella tierra pródiga en genios del tablado. De entre los que viven en la actualidad, ninguno tal vez concreta y sintetiza mejor que él, el es-

piritu de su raza. Por su asombrosa ductilidad, por su delicado temperamento, por su extensa gama sensorial, pocos habrá que le igualen y ninguno que le aventaje en reproducir, de modo tan extenso y completo, ese mundo de almas disímbolas, desde el grotesco personaje de la farsa, cuya ridícula actitud provoca la hilaridad, hasta la soberana figura de la tragedia, cuya máscara doliente engendra la angustia y despierta, pálido, el sufrimiento.

En Novelli, no sólo por facultad étnica, sino por especial y excepcional aptitud, el sentido de la imitación ha alcanzado un asombroso desarrollo. Cuenta este artista con un organismo vigoroso, con un cuerpo flexiblemente educado, y con un rostro de músculos dóciles al mandato de la voluntad, derrochador de gestos elocuentes. No posee la hermosura de la línea, antes bien, tiene que luchar con una varonil fealdad, que á falta de pureza estatuaria, posee, en grado supremo, la fuerza expresiva. La cara de Novelli, es la de un Dante hecho á gruesos y enérgicos rasgos. Tiene no sé qué aspecto arcaico y singular que trae á la memoria las cabezas, náufragas en sombra, de retratos antiguos y reales: el Carlos VII de Jean Fouquet, el Francisco I de Clouet..... El perfil es numismático. De ahí que en tipos hitóricos ó simplemente de épocas pasadas, él halle manera de *trucarse* á maravilla. El *Shylock*, por ejemplo, es un modelo de disfraz escénico, una verdadera creación plástica del personaje.

Estos son los principales elementos que pone en juego el artista para lo que pudiéramos llamar su mecanismo exterior. Pero todo ello no es, en cierto modo, sino el resultado de una admirable conformación psíquica, conformación de *meneur*, como dicen los sabios, ó, para no dármelas de pedante, de *evocador*, como dice D'Annunzio. Lleva en sí este actor el poder magnético de los sugestionadores de muchedumbres, y al mismo tiempo, la adaptabilidad para recibir de éstas la acción refleja y sugestiva también, con que devuelven la emoción sentida. Es dueño del misterioso secreto de fascinar, y

á la vez, de la impresionabilidad exquisita para sentirse fascinado. Es ésta, en mi concepto, la cualidad eminente de los grandes artistas. Esta, y la de la multanimidad: ser receptáculo de muchas almas y hacer reviviscencias de ellas, es una virtud genial que realizan muy pocos. Muy pocos son los que llegan á ese morboso estado emocional, en el que, sin embargo, queda el *yo* algo vago y crepuscular, pero enérgico todavía para dirigir y analizar la ficción. Son casos de desdoblamiento de la personalidad.

Novelli tiene ese privilegio. Educado, culto, inteligentísimo, no debe á su cultura ni á su inteligencia la mayor parte de su mérito en la representación teatral, sino á su propia naturaleza, á cierta especie de intuición, de adivinación, de predisposición que crea dentro de él almas nuevas y las exterioriza luego con una plasticidad muy vigorosa y pujante. Si; es un artista que estudia, pero no un actor de estudio. Sin darse cuenta, quizás, hay en él revelaciones de esa inconsciencia elevada á lo sublime que se llama inspiración. Muy disciplinada está en él esta facultad, muy calculada, pero siempre latente. Alguna vez ella es la culpada de rápidos momentos de desequilibrio estético.

Novelli da á sus interpretaciones alto relieve de vida. Antes de entrar en ellas las escudriña, las desentraña, les hunde el escalpelo de una paciente crítica. Y cuando cree estar en posesión del sér que el poeta imaginó, entra con él, triunfante, en la realidad de la escena. Vive sus personajes en la fábula y fuera de la fábula.

Oidlo durante los entreactos en el *camerino*. Gusta de hacer indagaciones analíticas, ya no de la obra de arte, sino también del poeta que le dió forma, y de la época que produjo á éste y á su obra. Gusta de extender su investigación, de universalizarla. Y, compenetrado así, le place no ser únicamente el intérprete, sino, hasta cierto límite, el colaborador. ¡Magna tarea de belleza!

Y mientras Novelli, trucado de *Lear* ó de Luis XI, ó de *Burbero*, habla, y explica, y

comenta, en una verba brillante y fácil llena de imágenes, vivas y violentas, yo he visto que su nerviosidad, su exaltación, toman aspecto patológico. Es en él, espiritualmente hablando, el instante doloroso del alumbramiento: da á luz una alma. Y esta labor, á pesar de que la ha repetido hasta la saciedad en su existencia, no es mecánica, no; es orgánica. Su hiperestesiado temperamento de *animador*, lo fuerza á la tensión nerviosa y al desdoblamiento.

Por eso siento en Novelli la superioridad de la inspiración sobre el estudio. Y asimismo en que es de los que necesitan rodearse de la onda sugestionadora de la multitud. No recurre, no puede recurrir, como otros, á la memoria emotiva que le recuerda gestos y actitudes, reproducidas sin movimientos interiores. Se desespera, cuando un público escaso no le envía la irradiación hipnótica que él necesita para vibrar como una cuerda tensa.

¿Cuál es el diapasón de las facultades de Novelli? Ya lo apuntamos: el más extenso que pueda imaginarse. En los países latinos, que yo sepa, esa extensión es única. Novelli va desde la *pochade* hasta la tragedia antigua. Se encasqueta el gorro cascabeleado de Pulchinela; se calza el coturno de Edipo. Y su cuerpo lleva la casaca en *Mia moglic noa chic* con la misma desenvoltura que en Nerón arrastra el manto imperial. Tan vasta comarca no es posible que sea igualmente fecunda en frutos.

Novelli es grande en grande; excelso en la comedia; extraordinario en la farsa. La región donde más se ensancha y eleva su genio está en el drama moderno, y en la comedia de costumbres.

Cuando Novelli sube por la escalinata de mármol de la tragedia va preocupado, poseído, sobrecogido del pavor secreto de los dolores sobrehumanos. Para su noble espíritu ese es el ambiente. Ascende para orar ante las tres grandes deidades: el Amor, el Dolor y la Muerte. Pero allí, en el templo sagrado, donde la existencia se amplifica y se borran los límites de la realidad, y los hombres se vuelven símbolos, y la acción

toma las proporciones de un combate contra el destino inexorable, allí Novelli, sin dejar de ser genial, pierde la espontaneidad de su fascinación, el libre sortilegio de su hechicería. Convence, encanta, subyuga; pero él hace un esfuerzo y nosotros también para seguirlo.

El torrente que caía de lo alto sereno y limpio, encuentra, de pronto, un obstáculo imprevisto, y se encabrita y salta espumoso y enturbiado por la cólera. Es el vencedor á costa de su tranquilidad y de su claridad. Esto no quiere decir que Novelli no sepa amar, sufrir y morir en la tragedia. Para morir, sobre todo, es maravillosamente artista. De los semblantes hipocráticos, de los accidentes agónicos, ha hecho un estudio de clínica.

Pero ama y sufre y muere mejor, incomparablemente mejor, en la realidad apasionante de las obras modernas, en los conflictos de la vida actual. Allí su *verismo* hace milagros de arte, y su vena dramática corre diáfana y purísima por el ancho cauce de un sincero naturalismo. *Papá Lebonard* y *Aleluya*, por ejemplo, no son para mí, ni para tantos, tipos de imaginación, sino gentes que convivieron con nosotros, y con quienes juntamente sufrimos, y, por ende, fraternizamos. Y estas soberbias interpretaciones, creaciones, diré con más exactitud, corren parejas con las de las comedias suaves, finas, exquisitas, en donde el alma generosa y amable de Novelli, halla en las frondas del árbol fantástico, calientes nidos para las aves de su ternura. Así son *Miguel Perrin* y *Papá Martin*, papeles de una dificultad tremenda, porque por bajo su blanca sencillez, hay un abismo de sufrimiento humano. De estos deliciosos y candorosos personajes, de estos inocentes ancianos, Novelli hace increíbles miniaturas, frágiles filigranas. Es el suyo trabajo de orfebre, de diamantista, de batihoja. En sus manos toma el oro viejo de estas obras burguesas, tersura y brillo flamantes, y vuelve á esplendor radiosa la luz sobre las facetas opacas de las gastadas pedrerías.

En Goldoni está Novelli como en su casa

—(Y aquí me vino el deseo de escribir un retruécano intencionado: Novelli hizo la casa de Goldoni, un alto é irrealizable sueño de Arte, ¿verdad, *caro* Novelli?) -Y es que el artista encuentra en el inmortal comediógrafo italiano, campo inmenso para sus arqueologías psicológicas y para sus interpretaciones que tienen por nervio la verdad.

Cuando Shakespeare, en sus comedias y en sus semi-dramas (esta última es clasificación del autor de la Historia de la Literatura inglesa), presenta una oportunidad al actor italiano, para asimilarse un tipo en consonancia con sus facultades, entonces se produce en la escena una obra maestra de interpretación como el *Shylock*.

Y el mismo que obra este prodigio de resurrección shakespeariana en el teatro latino, baja, de tarde en tarde, á los vericuetos de la farsa. Y allí no hace como en el drama, bordaduras, ni como en la comedia, miniaturas; allí hace caricaturas desbordantes de intención y de ingenio.

*
* *

—¿Y la voz?— me preguntó en el teatro uno de esos críticos furibundos é incomprendidos que no están conformes con el

mundo, por el simple hecho de que nadie les hace caso—¿y la voz?

—Amigo mío, convengo. La voz de Novelli es defectuosa. No está bien timbrada, no, señor. Es robusta, pero suele ser opaca. Sin embargo, él sabe manejarla con una discreción llena de talento. Y, le diré á usted, en los *asaltos*, admiro más que el arma, al esgrimidor. Tal vez otro que no fuera Novelli no hiciera nada con esa voz: él lo hace todo. Y luego una dicción tan clara, una pronunciación tan correcta, una emisión tan fácil. . . .

—¡Bah! pero siempre es el mismo. . . .

—¿El mismo Novelli? No, señor; usted lo ve el mismo porque quiere; ó porque no puede verlo de otro modo. Si usted no entra en la acción dramática, si usted no se interesa, si usted no va al teatro á pensar un poco y á sentir un mucho, si usted no se funde en la emoción colectiva, si es usted un indiferente, un incommovible, un... entonces tiene usted razón: Novelli es siempre el mismo. ¡Y usted también!

Luis G. Rivera





EN ALTA NOCHE

¡Señor, Señor! Los mares de la idea
 tienen también sus rudas tempestades;
 mi espíritu en la sombra titubea
 como Pedro en el mar de Tiberiades.

Hierven las aguas en que yo navego,
 mi pobre esquife á perecer avanza....
 Tú, que la luz le devolviste al ciego,
 devuélvela á mi fe y á mi esperanza.

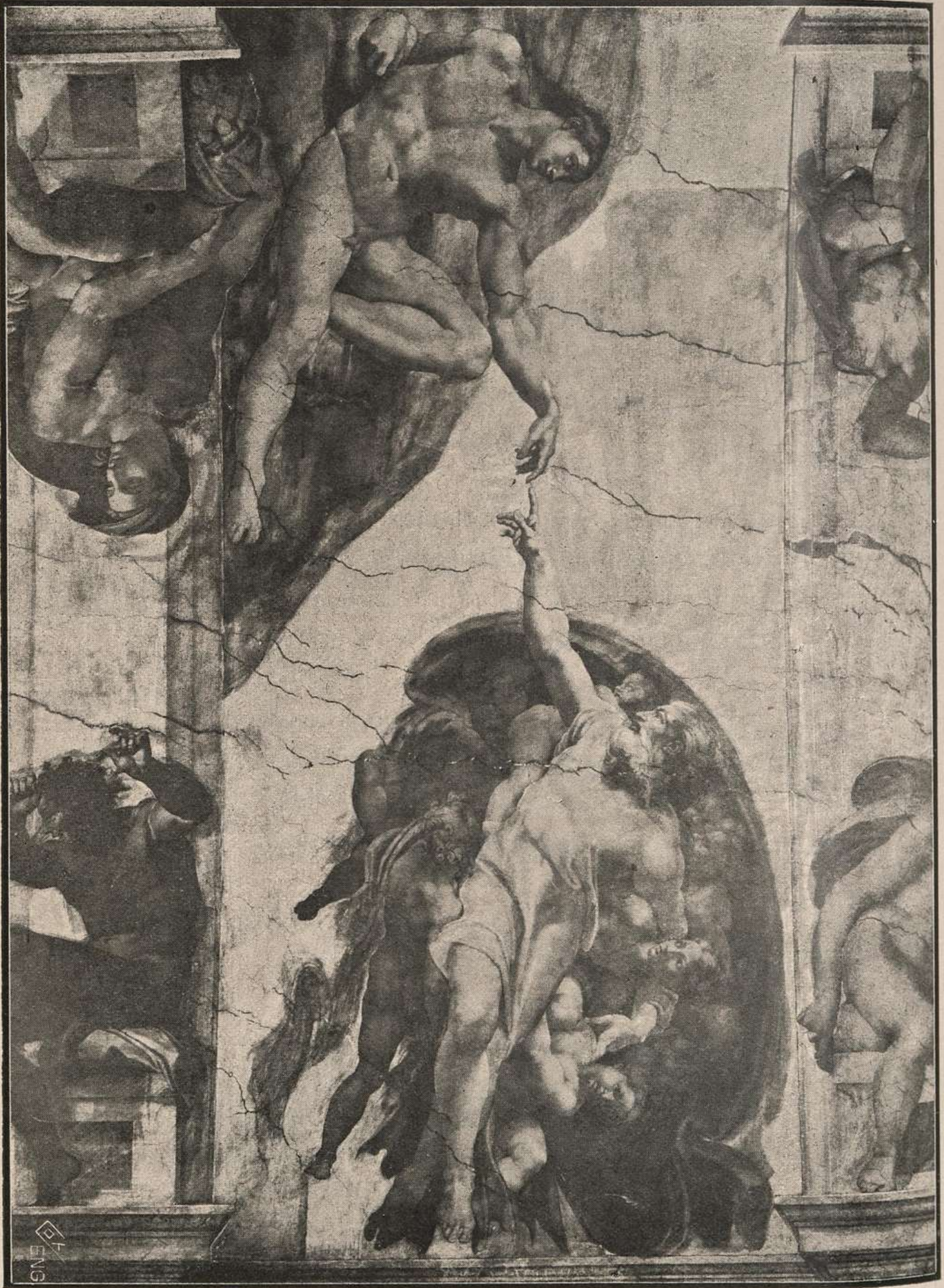
Surge, surge, Jesús, porque la vida
 ágil se escapa de mis brazos flojos;
 y el alma sin calor, desfallecida,
 muy lentamente cierra ya los ojos.

Aparece en la inmensa noche obscura;
 las conciencias te llaman.... están solas,
 y pasa con tu blanca vestidura
 serenando el tumulto de las olas.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

(Duque Job).

1889.



Capilla Sixtina. Roma.—La creación del hombre. Miguel Angel

ENG



AL HERMANO CRAVOTO. PARÍS - 1906 -

- R. MONTENEGRO -

SENSACIONES DE VIAJE

(LIBRO EN PREPARACIÓN)

XXIII.

Á SOR INCÓGNITA (beguina).*

Dulce hermana que rezas y que rezas,
nota azul en el himno café del *beguinage*.
flor de albura en mi huerto de tinieblas, de
lo más hondo de mi dudar veo lo más alto
de tu creer, y amo el símbolo bello de tus
rodillas doblegadas.

* *Beguina*: monja de la orden fundada por Lambert le Bègne, sacerdote de Lieja; orden que alcanzó su mayor prosperidad durante los siglos XIII y XIV, y se extendió de los Países Bajos á toda Europa. Los *beguinages*, conventos de esta hermandad, sólo existen actualmente en Bélgica y Holanda.

Soy un rebelde que admira tu sumisión
y un blasfemo que goza en tu creencia.

Adoro en ti lo que me falta. Respeto en
ti lo que me sobra.

Son los tiempos míos, tiempos en que
el espíritu va de cerebro en cerebro y de
filosofía en filosofía, sin encontrar un pen-
samiento hospitalario, ni una teoría acoge-
dora. Tiempos de lucha, de pasión, de des-
fallecimientos. Tiempos en que se duda
aprendiendo y en que se aprende dudan-
do. Tiempos con pavuras de crisálida, pero
con ímpetus de germen.

Y paso, hermana, junto á ti, con el do-
lor de mi dudar, y la tristeza de un infini-
to desencanto.

Ya he explorado todas las rutas y he examinado todos los cielos. Sé de teбайдas arenosas y de asfaltadas ciudades. Sé de lagos tranquilos y de iracundos océanos. Recios tifones han azotado mi barca y han oreado mi frente brisas y bóreas. La esfinge sabe bien de mi melena. Los cuatro vientos conocen la huella de mis sandalias.

Gusté el brebaje de los gnósticos, los panales de los teologistas, el vino generoso de Kant y el veneno agradable de Pirrón.

Viví la vida batalladora de Brahma, la poética de Osiris, la estupenda de Sommonakhodom, la estrepitosa de Júpiter y la amorosa de Jesús. . . .

Y; oh, hermana, dulce hermana, bajo todos los cielos y bajo todos los templos, á la luz de los cirios y á la luz de los ideales, ha picoteado en mi cerebro perennemente, y perennemente ha aleteado en mi espíritu, Merops, el ave Merops, ave trágica y negra, emblema de nuestro siglo; alma de las quimeras desaparecidas, de las ilusiones muertas, de los misterios profanados por las verdades de la ciencia, y alma también de la poesía que se va, y del ensueño que nos deja.

Y así voy errando, errando, de superstición en superstición, y de mito en mito; erigiendo capillas efímeras, y urdiendo hipótesis frágiles, que mi hambre de verdad devora luego como Ugolino devoró á sus hijos. Y así voy errando, errando, con la conciencia agonizante; con el ideal hecho pedazos bajo el duro martillo de Strindberg; dudando de mi propia duda; aturdi-do con el desplome de todas mis ideas; siempre agobiado y siempre perseguido por la palabra tenebrosa, por la palabra terrible, abismo de todos los abismos y sombra de todas las sombras: NIHIL, ¡NIHIL! cinco letras que son cinco fantasmas; cinco letras que son cinco blasfemias;

que todo lo arrebatan y nos arrancan todo, que todo lo destruyen como cinco puñales formidables. NIHIL, NIHIL, palabra que silba como la vibora del mal; palabra en que se quejan y sollozan todas las esperanzas de la tierra; palabra que anuncia aniquilamientos eternos, y á través de la cual marea el vacío y se miran relampaguear las pupilas fosfóreas de la locura!

Y paso, Hermana, junto á ti, con el dolor de mi dudar y la tristeza de mi infinito desencanto.

Bienaventurada tú, que candorosa y pia, sólo te acuerdas de los hombres para rezar por ellos y para consolar á los que sufren. Bienaventurada tú, que has una fe y que has una creencia. Bienaventurada tú, que sólo tienes por cilicio el que aprieta las venialidades de tu carne de escrupulosa ingenua; tú que ignoras la sed de todas las fiebres profanas, la sal de todos los llantos rabiosos, los vinagres de todas las dudas y los acibares de todas las desesperaciones.

¡Oh incomparable! ¡oh buena! ¡oh triunfadora de la carne, inmoladora de la maldad, criatura de poema, rosario de bondades, rosal de rosas blancas encantadoras y encantadas; se te adivinan las alas, se presiente tu nimbo; santa y bella como Lhamoghlinprul, como Kiang-yuen, como María, y como ellas digna de que se albergue un Dios en tus entrañas!

Bien conozco tu vida y tu leyenda. Me la contaron los pobres que saben de tus consuelos. Me la repiten tus ojos que saben mucho de tu alma. Bien sé que estás consumida por el rezo, las vigili-as y el ayuno. Bien sé que hablas con tu Dios cuando en el templo deshojas las flores de tu plegaria y cuando laboras en el obrador tus filigranas de hilo y riegas en la malla del encaje, primaveras enfermas de albura, ateridas de blanco, primaveras invernales de flora nevada, sin perfume y sin

color. Y te amo, Hermana, te amo, Santa, por incorruptible y piadosa, por misteriosa y enferma, con el amor que todos tenemos á lo que es bien y consuela, á lo que es bello y conmueve y á lo que pronto se nos va.

Pues oh florecita de sombra, florecita de altar, diáfano lirio de convento, como los cisnes blanca y como ellos distinguida; mientras tus ojos elevan miradas que se alargan y se alargan hasta llegar al cielo, y el cielo baja hasta tus ojos y pone un beso azul en tus ojeras, oigo la tos, la vaga tos inquietante que glosa tus plegarias con sus ecos de desplomes interiores, y miro tu cara de palideces opacas y de pómulos erubescientes donde la tisis ha encendido ya carmines que anuncian el crepúsculo de tu vida. Afuera canta el aire baladas presagiosas; los árboles amarillean y las hojas empiezan á caer. Se anuncia el otoño, ¡el otoño! los labriegos aprestan sus guadañas y los sepultureros cavan muchas fosas. Te irás muy pronto, dulce hermana; tus hábitos tienen ya pavorosos repliegues de sudario y la armiñada corneta que se en-

curva sobre tu cabeza, como dos floripondios extendidos, parece una ave que se prepara al vuelo. Este invierno los pobres quedarán más solos y el *beguinage* más triste. Te irás muy pronto, ¡muy pronto! Y pienso que acaso tú eres la fe, la misma fe de los hombres que desde ha tiempo agoniza, que ya se acaba, que ya se va, que se irá en breve, pues que también el otoño va descolgando los nidos y va arrancando las hojas del gran árbol de todos los ensueños, y pues que también la humanidad arrastra un organismo convulso, hueco de todas las filosofías y cavernoso de todos los escepticismos. . . . ¡Oh florecita de sombra, florecita de altar, diáfano lirio de convento, como los cisnes blanca y como ellos distinguida; ya viene el otoño, ¡el otoño! los labriegos aprestan sus guadañas y los sepultureros cavan muchas fosas.

¡Y paso, Hermana, junto á ti, con el dolor de mi dudar y la tristeza de mi infinito desencanto!

Beguinage de Brujas. 1906.

ALFONSO CRAVIOTO.



“LA REVISTA AZUL”

Por gracejada, no gracia, de Monaguillo, este antiguo periódico, ¡oh manes del Duque Job! ha caído, no en manos, en garras de Manuel Caballero, pseudo poeta y literato cursi, el cual anunció su reaparición, ofreciendo sus columnas á los viejos redactores que aún sobreviven y á los jóvenes que comienzan, siempre que no

modernicen, y aun en este caso, pues por delante va el lucro.

No volveremos á ocuparnos de esto, haciéndolo en esta vez únicamente por manifestar nuestro disgusto. ¡Buen caballero está el actual editor para la gentil dama del insigne Duque!



EL PEREGRINO

(De Eugenio de Castro)

El espacio se inflama
con los rojos fulgores del Poniente.
Triste, sentado sobre vieja puente,
un caballero exclama:

—Inés, Arminda, Lidya, todas iguales fueron,
ya rubias ó morenas, castas ó lujuriosas.
Gusanos son mis días, y en vano ser quisieron
doradas mariposas.

Hastióme el mismo beso en labios desiguales.
Del dolor en mi rostro la palidez aun veo
¡Oh, bocas insaciables! ¡Oh, brazos sensuales,
matar no habéis podido la sed de mi deseo!

El alma traigo envuelta en una obscura túnica
que el cansancio ha tejido con sus tonos más tristes.
—¿Donde estás tú, si existes,
¡Oh mi amada! la Unica?

¿Debo esperar que llegues? ¿Debo darte al olvido
ó perseguirte en vano será mi afán constante?
Respóndele á tu amante:

—Dime, ¿vives? ¿has muerto, ó acaso no has nacido?

No pasa una doncella
—orgullosa princesa ó pálida mendiga—
sin que mi triste corazón no diga,
al sentirla pasar:—¿Si será ella?

Pensé, mirando, un día,
una niña que daba á una anciana la mano.
—Tal vez alguna de ellas será la amada mía....
¿He venido muy tarde ó llegué muy temprano?

Inútilmente en perseguirla insisto.....
Su florido jardín jamás he hallado....
Tal vez habrá pasado
sin que yo la haya visto.....

Mas lo que me aflige, al no encontrarte,
es el pensar, ¡oh misteriosa amada!
que vives prisionera y desgraciada
sin que yo pueda ir á consolarte.

Hace tiempo murió la Primavera.....
Al Otoño el Estío va marchando;
y mientras yo en su busca voy llorando,
acaso ella también, llorando, espera.

Siempre habré de buscarla como un loco,
despreciando la voz que en la enlutada
noche irónica grita: «¡Tu adorada
no murió, no ha nacido ni nacerá tampoco!»

.....

En el fondo del puente surge una hermosa dama
 con los largos cabellos de oro sueltos al viento.
 Su voz pálida rosa dulce exclama:
 — «¡Yo soy la fuente eterna que buscabas, sediento!»

El feliz caballero parte ansioso. En la puente
 hay oculto un abismo traicionero.....
 Caballo y caballero
 rodaron al torrente.....

Un rojo mar de llamas incendiaba el Poniente.
 Sangre del caballero el agua enrojecía.....
 Y la dama, impasible, en el fondo del puente
 lasciva y enigmatica, reía.....

FRANCISCO VILLAESPESA.





LA HERMANA MAGDALENA

Entre mis visiones del hospital, yo conservo la de esta buena y bella hermana, cuyo dulce rostro, de frescas mejillas y ojos azules, se completa en mi imaginación con el nimbo de una espléndida cabellera de oro. La mirada de mis ojos era sensual, á pesar de la fiebre, y advirtió bien pronto los encantos profanos de la hermana Magdalena. Tenía esta hermana una alegría tranquila, reposada y serena: una alegría de bienaventuranza que animaba su voz, su mirada y su sonrisa. Era muy joven, y en su misticismo no habían colaborado los desengaños del mundo. Gustaba de ir al jardín, donde cogía flores para llevárselas al Cristo en ofrenda de amor; al mirar la divina cabeza engalanada de rosas, podría decirse que la corona de espinas había florecido bajo las manos blancas, ideales y delicadas de la hermana Magdalena.

La hermana Magdalena era la alegría del hospital. Solía sentarse junto á los lechos de los enfermos, y allí, su conversación ha endulzado muchas agonías y avivado muchas convalecencias. Si alguna boca se abría para la maldición, la hermana Magdalena la tapaba con su mano eucarística. Por obra de esta hermana bonda-

dosa y amable, muchas almas pecadoras han debido ir al cielo, purificadas en su hora postrera. La imagen del Cristo adquiriría á los ojos de la impiedad un prestigio infalible sobre el pecho casto y palpitante de la buena, de la bella hermana.

Todos los domingos, desde el amanecer, las campanas de la iglesia del hospital llamaban á misa. Muchos enfermos se levantaban y comenzaban á vestirse para oír el oficio divino, pero no faltaban hombres de espíritu volteriano que permanecían en sus lechos leyendo *El Motín* ó *Las Dominicales*. La hermana Magdalena recorría entonces los diversos pabellones del hospital, y, si había oídos sordos para la lengua de bronce de las campanas, no los había para aquella dulce y suplicante voz de mujer. Apenas comenzada la misa, la hermana Magdalena se presentaba en la iglesia con su piara de cerdos epicúreos, como una pastora de antiguas y bellas mitologías.

El mayor encanto lo tenía la hermana Magdalena en los ojos: sus ojos azules, claros y transparentes, cuyas pupilas se perdían bajo los párpados en los momentos de éxtasis divino. Estos ojos llevaban á todos miradas de alegría y de consuelo, y allí, donde la tristeza es para cada pa-

ciente una segunda enfermedad, las dulces miradas de la hermana ejercían una santa acción terapéutica. En los ojos de las otras hermanas había un tedio perenne, un gran desprecio por las cosas del mundo. No así en los de la hermana Magdalena, que se ensimismaban mirando las flores y viendo al Cristo, cubierto por ellas, bajo una divina apariencia de hermosura. La hermana Magdalena no parecía sentir el dolor de las espinas sobre este áspero sendero del mundo. Sabía que la vida es un tránsito, pero no por eso la encontraba desagradable. Disfrutaba de un misticismo optimista y jovial, todo amor para los santos, para los hombres y para las cosas.

Yo he tenido á la hermana Magdalena sentada junto á mí, y he visto cómo subía y bajaba el crucifijo pendiente de su cuello según las palpitaciones de aquel pecho, cuya pompa oprimían en vano los rígidos vestidos religiosos. La hermana Magdalena me informaba de todo lo que ocurría en el hospital, y me prodigaba frases de consuelo para mi dolor. Entonces pude apreciar el tesoro de ternura que había en aquella alma inocente. Cuando la hermana Magdalena se marchaba, una amarga tristeza se apoderaba de mí; yo me decía entonces: «estoy triste porque estoy solo.» Y era cierto; pero aquel mal de soledad que me afligía, no lo curaba ninguna conversación, como no fuese la de la hermana Magdalena.

Esta hermana era buena y era bella, y los enfermos la queríamos tanto por su belleza como por su bondad. La severa disciplina de la orden había ocultado sus mayores encantos bajo el luto austero del vestido; pero un demonio maligno y pica-

resco nos la representaba imaginativamente, según los figurines que, durante el día, habíamos visto en los periódicos ilustrados. Aquel maldito demonio nos visitaba á todos, y nosotros le recibíamos á falta de mejor compañía. Era un demonio tímido que no nos dejaba dormir, y nos hablaba de la vida alegre, del buen vino y de las mujeres hermosas.

¡Pobre hermana Magdalena! Yo me estremezco al recordar los pensamientos impíos que me ha sugerido su blonda y cándida figura. Un día me pidió un ramo de rosas que yo tenía sobre mi mesa para ponerlo á los pies de la virgen. Aquellas rosas fueron las rosas de un sacrilegio silencioso, refinado y cruel. «He tenido un sueño maldito —le dije luego á la hermana Magdalena.» — Y la hermana Magdalena me contestó: «Rece usted el padre nuestro.»

La hermana Magdalena era demasiado hermosa para enseñarnos un santo ascetismo. Sus labios, rojos y frescos, parecían desmentir aquellas mismas palabras que pronunciaban. Oyéndola, había un encanto perverso en observar cómo el tono de la voz era dulce y la intención amistosa. La hermana Magdalena ignoraba esto y su alma inocente no podrá figurárselo jamás.

Cuando abandoné el Hospital, la hermana Magdalena me despidió con buenos consejos:

—Piense usted mucho en la otra vida. Acuérdesse usted de mis palabras. . . .

Yo le pedí permiso y deposité un beso profano sobre su mano blanca, santa y casta.

JULIO CAMBA.



VAGUEDADES

A Rubén M. Campos.

A veces sufro tanto!

A veces tanto sufro,

Que la vida me parece más inútil que un guiñapo

Y más triste que la cámara que impregnó de sí un difunto.

Dos pequeñas mariposas, al abandonar un álamo,

Se besan mucho, mucho,

Y fingen al separarse descendiendo, deshojado

Pensamiento que sopesan cefirillos errabundos.

Alma, mariposa compañera de la mía, ¿cuándo

Vendrás, y besándonos, mucho, mucho,

Bajaremos como triste pensamiento deshojado,

Pausadamente al sepulcro?

¿Hoy? ¿Mañana? ¡Nunca! Abandonado

Estoy en la existencia, como brusco

Peñón, que finge alforja extraña y negra que olvidado

Transeunte dejara en el camino solo y mudo.

Oh vida más inútil que guiñapo,

Y más triste que la cámara que impregnó de sí un difunto. . . .

Inglesita de automóvil, acaricia mi cabeza con tus manos. . . .
Inglesita, dame un beso cariñoso de los tuyos!
Nada! El sol derriba sobre arena y sobre asfalto,
Eucaliptos y edificios de altos muros;
Cuauhtemotzin amenaza fieramente á Carlos Cuarto
Con su flecha que han cubierto los chubascos de calumbro.

ABEL C. SALAZAR.





A UN LITERATO JOVEN

No cabe, mi joven amigo, que nos entendamos; usted habla un lenguaje y yo otro, y nos empeñamos, no sé bien por qué, en no traducirnos. Emplea usted frases de esas que en puro oirlas de labios maquinales han acabado por hacerseme ininteligibles.

Una de ellas es esa de «llegar.» Francamente, cada vez lo entiendo menos. ¿Qué quiere decir lo de «fulano ha llegado,» «mengano no llegará,» «es tan difícil hoy para un joven llegar,» y otros dichos de la misma calaña? ¿Qué es eso de llegar? Llegar ¿á dónde? No hay más que una llegada segura é infalible: la de la muerte. Y esta es, tal vez, más que llegada, partida.

Contaba Ulises á la hija del rey de los feacios, cómo se encontró en el reino de Ades, entre las sombras de las heroínas muertas, con la de Ífimedia. La cual parió dos hijos, Oto y Efiálte, que á los nueve años tenían nueve codos de ancho y nueve brazas de alto, siendo los más hermosos que crió la tierra triguera, después de Orión. Estos dos jóvenes gigantes amenazaron armar guerra á los inmortales mismos, y para ello intentaron poner el Osa sobre el Olimpo y sobre el Osa el Pelión, á fin de que el cielo fuese accesible. Y lo habrían conseguido, añadió Ulises, de haberseles colmado la medida de la mocedad. Pero Apolo

les mató antes que les floreciera el vello sobre la boca y bajo las sienes.

¿Intenta usted, mi joven amigo, escalar el cielo, montaña sobre montaña, y teme morir antes de que la medida de la mocedad espiritual se le colme? Si es así, entiendo lo de llegar, si no, no lo entiendo.

Y ¡ay de usted, el día en que se le cumpla eso de llegar! Le empezará el retorno.

Vea aquí por qué tantas veces le he deseado esperanzas que ni se le ajen ni se le realicen, esperanzas siempre verdes y sin fruto siempre, esperanzas en eterna flor de esperanza.

Le duele ser discutido y negado. ¡Ay de usted si no lo fuese! El día en que llegue usted á ser un valor reconocido por todos, un valor entendido, el día en que se le rindan reverentes los que hoy le discuten, ó sus hijos —si ese día triste le llega —será el de la vejez del alma. Cuando el Dante recorría los reinos de los muertos, sorprendíanse éstos al ver que aquél arrojaba sombra, y por ello sacaban que estaba vivo. Si hubiese dejado de arrojarla, era que había pasado ya el umbral de la muerte, donde toda sombra acaba ante las tinieblas. El día en que usted no haga ya sombra, es que habrá entrado en el reino de los inmortales, es decir, de los muertos.

Ya sé qué es á lo que usted aspira, á

entrar en este reino de los pálidos ensueños, á la inmortalidad de la muerte. Pero ¿cree usted que la presa vale la caza ó la victoria el combate?

Si usted hiere, y el herido grita, es que usted está vivo; si no se inmuta siquiera, es que están ó él ó usted muertos. Probablemente los dos.

El día en que con voz triunfante digan de usted: «¡ya entiendo á este hombre!» está usted perdido; porque desde entonces no es usted ya suyo, sino de ellos. Desde entonces, les dirá usted siempre lo que creían que iba usted á decirles y lo que querían que les dijese.

Tampoco le entiendo del todo, sino muy á cuartas, aquello de que se está buscando. Querrá decirme que se está haciendo.

Dios, además, le libre de encontrarse, quiero decir, de encontrarse hecho. En el momento en que usted haya concluido de hacerse, empezará su deshacimiento. Hay una palabra en latín que significa lo concluido, lo hecho del todo, lo acabado, y es «perfectus,» perfecto. ¡Cuidado con la perfección!

Cierto es que nos dijo que seamos perfectos como es perfecto nuestro Padre que está en los cielos; pero esta es una de tantas paradojas como contienen los Evangelios, que están llenos de ellas. La paradoja, en efecto, con la parábola y la metáfora, eran los tres principales medios didácticos del Cristo. Y él nos puso un ideal de perfección inasequible, único modo de que nos movamos con ahinco y eficacia á lo que puede alcanzarse. A la perfección divina no podemos llegar, y precisamente porque no podemos llegar á ella, es por lo que se nos da como enseña de llegada.

Me dirá usted que si se busca, es en el propio conocimiento, y para llegar á conocerse y no á otra cosa, y me recordará el propósito la tan mentada y tan asendereada sentencia délfica. Aún no sé si el

conocerse á sí mismo es el principio ó el fin de la sabiduría, y el fin de la sabiduría, como todo fin, es cosa terrible; pero pienso que acaso fuera mejor que cambiásemos la sentencia famosa y ya acuñada, diciendo: «Estúdiate á ti mismo.» Estúdiate á ti mismo, llegues ó no llegues á conocerte, y acaso sea mejor que no llegues á ello, si es que te estudias. Cuanto más te estudies, más te ensancharás y te ahondarás espiritualmente, y cuanto más te ensanches y te ahondes, más difícil te será conocerte.

Y estúdiense usted obrando, en su obra, en lo que haga, fuera de sí. Es muy malo andar hurgándose la conciencia á solas y en lo obscuro. A la luz del día y ante los hombres ponerla al sol y al aire, para que se oree y se ilumine.

Ya otra vez le dije que se anduviese con cuenta con eso de los diarios íntimos, y no me lo entendió usted. Los diarios íntimos son los enemigos de la verdadera intimidad. La matan. Más de uno que se ha dado á llevar su diario íntimo, empezó apuntando en él lo que sentía y acabó sintiendo para apuntarlo. Cada mañana se levantaba preocupado con lo que habría de apuntar por la noche en su diario, y no hacía ni decía nada sino para el diario y en vista de él. Y así acabó por ser el hombre del diario, y éste tuvo poco del diario de un hombre.

Es el mal de toda sensibilidad reconcentrada. Dicen que ocurre á las veces en el análisis químico-orgánico, que al tratar de estudiar un compuesto muy complicado y poco estable, en el acto de accionar sobre él con un reactivo se le destruye, y en vez del cuerpo que se busca estudiar y conocer, se encuentra uno con productos de su descomposición. Y así sucede con el análisis psicológico. Y de aquí el que en las más de las novelas llamadas psicológicas, encontramos descripciones de estados

de conciencia, pero rara vez encontramos almas, almas enteras y verdaderas, como sentimos palpitar y respirar detrás de una frase de obras nada psicológicas. Para verse uno á sí mismo, es mejor el espejo que no cerrar los ojos y mirar hacia dentro.

Está usted preocupado con dar una nota personal. Está bien, ¿pero cuál es la nota personal de usted? ¿Lo sabe usted mismo acaso? No es el que habla quien mejor conoce el timbre de su voz. La fisonomía de un río depende del cauce y de las márgenes. Déjese usted ir á la fuerza de su corriente, saltando represas, y no se cuide de lo demás. Así se llega al mar y se queda hecho río.

.....

Algo me queda por decirle, no sé bien qué, pero vele aquí que caigo en la cuenta de lo vano que es meterse á consejero, y mucho más de jóvenes. Aquí cuadra aquello de «consejos vengo, y para mí no tengo.»

Otro que no yo, se aquietaría pensando que se los han pedido, como me los ha pedido usted esta vez. Pero yo sé bien que cuando un joven pide consejos, no es sincero casi nunca, y lo que en realidad pide es otra cosa. Lo del consejo no pasa de ser un pretexto. Ya antes de ahora me ha ocurrido con alguno que se me ha revuelto, fingiendo desdén, porque no le dije lo que él esperaba y quería que le dijese. Nadie tiene la culpa de defraudar un falso concepto que de él hayan podido formarse los demás.

Y desde ahora le anticipo que pocas cosas habrán de afligirle más en su carrera, que el encontrarse con que aprecian en usted lo que usted menos aprecia en sí, y le menosprecian por aquello en que se tiene á sí mismo en más aprecio. El ex-jesuita y sacerdote católico Jorge Tyrrell, cuya creciente fama llegará á nosotros,

dice en su «Lex Credendi,» estas palabras melancólicas:

«En nuestra propia experiencia, ¿qué hay de más triste y desolador que el ser queridos y admirados por cualidades que sabemos no poseer, ó por aquellas á que no damos valor, ó bien nos desagradan tenerlas, y no lograr, por el contrario, atraer á los demás á lo que creemos lo mejor nuestro, ni conseguir interesarlos en nuestros más profundos intereses?»

Observe que en este triste pasaje dice Tyrrell «ser queridos y admirados.» ¡Qué dos cosas más distintas! A la edad de usted se busca acaso más la admiración que no el cariño de los demás, y aquélla á expensas de ésta, pero llegará día, mi joven amigo, en que sentirá usted sed, y una sed, no de la boca, sino aun de las entrañas todas del alma, de cariño. Anhelará usted ser querido. Y Dios le libre de encontrarse entonces presa del más congojoso de los tormentos todos espirituales, cual es el de no poder amar. Triste es no ser querido, pero es más triste no poder querer. Y no faltan almas que quieren amar sin poder conseguirlo, viéndose envueltas en una sequedad que las agosta, ahornaga y resquebraja.

.....

¿Qué más me queda por decirle? Algo es, sin duda, pero no doy en lo que ello sea. Esto es lo de siempre; dejamos por decir lo que luego hubiéramos querido decir más. Y como se ha dicho muchas veces, nuestros mejores pensamientos son los que se mueven con nosotros, sin que los hayamos formulado. Y acaso, acaso, lo mejor nuestro es lo que de nosotros dicen los demás, ó lo que hacemos decir á los otros. Mis pensamientos germinan en mí y florecen en otros; yo soy un vivero para ellos.

MIGUEL DE UNAMUNO.



HOJEANDO ESTAMPAS VIEJAS

Dime, en cuál de estas viejas catedrales,
hace ya muchos siglos, oh Señora,
silenciosos, mirando los vitrales,
unimos nuestras manos fraternales
en la paz de la tarde ensoñadora?

Dime, en cuál de los árboles copudos
de este bosque, medrosos y desnudos,
oímos, en los viejos milenarios,
rugir á los leones solitarios
y aullar á los chacales testarudos?

Dí si en esta enigmática ribera
me esperabas antaño, compañera,
teniendo sólo, en noches invernales,
por chal para tus senos virginales
la húmeda y salobre cabellera?

¿En qué justa he llevado tus colores?
¿En qué gayo torneo, tus loores
entonaron mis labios halagüeños?
Y si nunca te vi ni te amé viva,
¿por qué hoy vas y vienes, pensativa,
por la bruma de nácar de mis sueños?

AMADO NERVO.



CHOIX

A las puertas de la adolescencia, ella y yo, una cálida tarde de estío, en un pueblecillo del Estado de Sinaloa que lleva el nombre de *Choix*, tal vez por su aspecto risueño y encantador, no obstante lo humilde, casi desastroso, de su caserío, nos quedamos estupefactos. Habíamos corrido juntos aquellos verdes campos, cogiendo frutas silvestres, nidos en los árboles reverdecidos, á orillas del pequeño riachuelo ceñido por altos sabinos, en los huertos llenos de naranjas, limas, plátanos, guayabos y entre los vocingleros que nos endulzaban con sus mieles la boca y los jóvenes oídos con su constante rumor. El clima de aquel pueblo es casi tropical, posa en las vertientes del Pacífico, no muy lejos del mar, y su suelo es un yacimiento aurífero. Lavada la tierra de sus mismas calles, deja menudas arenillas de oro en sus residuos. Quizá algún día sea explotado eso. Por de pronto, de todos aquellos contornos, vienen diariamente á vender pepillas de oro los pobres, en el hueco de las plumas de las aves de corral, y en mi misma casa he visto frascos llenos de ellas en singular cantidad. . . . Pero decía que nos quedamos estupefactos: la niña se volvía mujer, el niño se tornaba en hombre.

La tarde aquella no se ha borrado nunca de mi mente. Los años han pasado ligeros como el viento. Todo me parece hoy un sueño. Sobre el fondo verde de la campiña

se destacaba su figura bajo el crepúsculo que comenzaba, como una joven diosa aparecida á un viajero extraño; los grillos tocaban la *única cuerda de su violín*, infatigables, y la campana llamaba al *angelus* en la arruinada iglesia, y su voz se extendía por los campos entre la sombra que llegaba y la luz que se iba, pareciéndome que la naturaleza entera repetía la plegaria que mi alma balbutía en la hora misteriosa.

Al día siguiente, fuimos menos francos, menos comunicativos. Ella era hermosa de veras; la estatuaria hubiera glorificado todas sus líneas, la poesía su alma bella como su sonrisa y pura como la mirada de sus ojos. Era blanca y rubia. La amé. ¡Oh! la amo todavía! Duerme hace tiempo bajo la tierra aurífera de nuestro pueblecillo. Si, la amé, pero no se lo dije nunca.

Un día marché á la ciudad, al colegio; más tarde me alejé más de mis infantiles lares, y arrebatado por la vorágine de México, no la olvidé, sin embargo, nunca. Me casé al fin. Tuve una santa esposa. Raras veces volví á verla, pero siempre con hondo cariño.

Ella no se casó nunca. No se le conoció un novio siquiera. Y si lo hubiera tenido, yo hubiera sido muy desgraciado. ¿Por qué? He pensado mucho en el cariño que he profesado á mis hermanos, á mi mujer, á mi madre. Pues bien, el que despertó ella en

mí, no era igual á ninguno. Hoy, al pensar en él, parece que algo se evapora de mi sér como el perfume de un ramo, y se exhala hacia ella en una atracción celeste; mi espíritu, mi alma, gravita hacia el abismo como un planeta alderredor del sol.

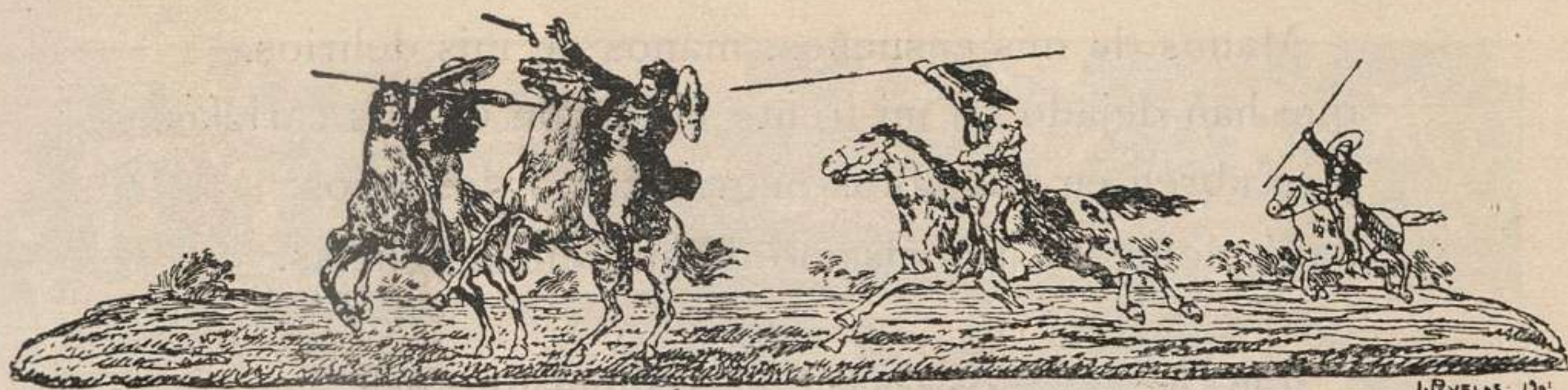
Es eterno el recuerdo, y me añoranzo *en una hamaca colgada de las estrellas*, que decía Justo Sierra.

No he sido un creyente ni mucho menos y, no obstante, no me conformo con que su

belleza de cuerpo y alma hayan desaparecido para siempre, y menos aún en que desaparezca yo, su admirador, su adorador rendido, y conmigo su recuerdo último. Si pudiera volver á aquel pedacito de tierra, cómo me arrodillaría en su sepulcro cubierto de blancas florecillas que rociaría con mis lágrimas.....¡Qué contrasentido: no creo en Dios y he creído en los ángeles!

JESÚS E. VALENZUELA.





¡OH, MANOS!....

Al egregio autor de la "Balada de las manos."

¡Hands, sweet hands!

¡Oh, manos armiñadas que he enguantado de besos!
 ¡Oh, manos eucarísticas de blancor de jazmines,
 que llevan en su albura pálidamente impresos
 de una sangre rosada desmayados carmines!

¡Oh, prestigiosas manos, leves é inmaculadas,
 que con desesperanzas añoro en mi infortunio;
 albas manos monjiles que parecen bañadas
 en el polen de plata de un claro plenilunio!

¡Oh, manos de retrato, doloridas y buenas,
 en cuyo albor de armiño vagamente resaltan
 los hilos de zafiro de las azules venas,
 y los tonos de púrpura que los dedos esmaltan!

¡Oh, excelsas manos níveas, que cual enfermas rosas,
 se elevan á los cielos ávidas de un arcano,
 ó se deslizan tenues como albas mariposas
 en los viejos marfiles del lloroso piano!

Manos de mis ensueños, manos de mis delirios,
que han dejado en mi frente la unción de sus caricias,
y se abren en mis horas negras como dos lirios,
bañándome en un bálsamo de supremas delicias.

¡Oh, manos milagrosas de caridad ungidas,
que vierten con cristianas dulzuras celestiales,
un óleo de consuelo en todas las heridas,
y un grano de esperanza en todos los eriales!

¡Oh, manos impolutas de señoril pergeño,
manos de nitideces vírgenes de camelia,
que riegan en los lagos azules del Ensueño
los líricos capullos que deshojara Ofelia!

Cuando, —vencido atleta,— en la liza sucumba,
¡Oh, manos consagradas, manos de eucaristía,
deshojad píamente sobre mi humilde tumba
la anémona llorosa de una triste elegía!

JOSÉ DE J. NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ

1907.





UN ESTUDIO DE MENÉNDEZ Y PELAYO

De las dos principales formas que la novela histórica tiene, ¿a cuál pertenece *Ave Maris Stella*? Hay entre las obras de Walter Scott, algunas de las más brillantes y famosas, no de las más espontáneas (Ivanhoe, Quentin Durward. . .), en que la historia da, como dice muy bien nuestro Amós, «el esqueleto y trabazón del artificio literario, el color de los tiempos, el compás de la acción, la medida de los caracteres y aventuras.» Tienen estas novelas el inconveniente de que la Historia se desborda en el campo de la poesía, con tan impetuoso raudal, que anula la acción del protagonista inventado, y convierte sus personales aventuras en una especie de máquina teatral, puesta al servicio del gran drama de las ambiciones y las catástrofes humanas. Sobre esta manera de narraciones histórico - anoveladas, recaen principalmente las observaciones de Manzoni, que después de haber compuesto su áureo libro de «I Promessi Sposi,» entró en escrúpulos literarios sobre el libro y sobre el género, y escribió su opúsculo «De la novela histórica,» en que expone largamente y con su ingenio y sagacidad acostumbrados, los inconvenientes de aquella forma poética y de las que con ella tienen alguna semejanza. En lo cual es de notar que Manzoni tildaba y corregía opiniones suyas an-

teriores, puesto que en su admirable «Carta sobre las unidades dramáticas,» había hecho la más profunda apología del drama histórico, tanto mejor, cuanto más fiel á la Historia; siendo doctrina de aquel egregio pensador y gran poeta, que «las causas históricas de una acción, son esencialmente las más dramáticas y las más interesantes, y que cuanto más conformes sean los hechos con la verdad material, tendrán en más alto grado la verdad poética que buscamos en la tragedia.»

Si esta doctrina puede parecer extremada por lo mucho que restringe los derechos de la fantasía, todavía es más rígida la que luego sostuvo, condenando como género contradictorio en sí mismo toda mezcla de historia y ficción. La humanidad continúa recreándose con este género híbrido, y en la cúspide de él coloca precisamente un libro de Manzoni. Pero éste pertenece á la segunda categoría de novelas históricas, al grupo en que debemos colocar también las obras más amables y espontáneas de la primera manera de Walter Scott. En vano intentan hoy los críticos rebajar el mérito de este mago de la Historia, Homero de una nueva poesía heroica, acomodada al gusto de generaciones más prosaicas, y, en suma, uno de los grandes bienhechores de la hu-

manidad, á quien dejó en la serie de sus libros una mina de honesto é inacabable deleite. La exactitud histórica completa es un sueño; y si por medio de procedimientos científicos no podemos llegar más que á una aproximación, ¿quién va á exigir más rigor en el arte? Walter Scott nunca tuvo la pretensión de que sus novelas sustituyesen á la Historia, y, sin embargo, grandes historiadores fueron los que, guiados por su método, comenzaron á resucitar la Edad Media con su genuino espíritu.

Para los grandes hechos históricos no hay como la historia; la fábula sirve sólo para oscurecer su grandeza. El único medio artístico de celebrarlos con dignidad es la efusión lírica. Pero ni la historia se compone tan sólo de peregrinos y encumbrados acaecimientos, ni sabe ni dice todo lo que puede decirse y saberse de ciertos períodos, hombres y razas, que por no haber influido eficazmente en el mundo, ó porque de sus hechos no queda bastante memoria en papeles y libros, permanecen olvidados y silenciosos, aguardando el són de la trompeta que los levante del sepulcro. Y entonces llega el arte, que entre sus excelencias tiene la de suplir con intuición potente las ignorancias de la ciencia, los olvidos y desdenes de la historia, y resucita hombres y épocas, nos hace penetrar hasta lo íntimo de la organización social, y nos da á conocer, no sólo la vida pública y ruidosa, sino la familiar y doméstica de nuestros progenitores. Que tal oficio está expuesto á quiebras en modo tal, que si esas generaciones despertasen, quizá no conocieran su propio retrato, puede ser cierto; pero cuando faltan modos de averiguarlo, importa poco, si el novelista lo es de veras, que haya sustituido la realidad histórica, mezquina y prosaica á veces, con otra realidad poética, dulce y halagadora, que en medio de todo es tan real como cualquiera otra de la vida. Pero ni aun ese cargo puede hacerse á los poetas eruditos que antes de escribir novelas se han internado en el laberinto de las pasadas edades con el hilo de la crítica, y han reconstruido, no simplemente adivinado, la

historia, fundándola, antes que en vagas imaginaciones, en porfiada y diligente labor sobre antiguos documentos, sin desdeñar tradiciones y usanzas añejas, donde la historia vive tan persistente y tenaz como en los relatos de los cronistas. Tal hizo Walter Scott en aquellas novelas, para mí las mejores de su colección, en que describe costumbres escocesas que él y muchos de sus lectores habían alcanzado, odios de familia que aún duraban al tiempo de su infancia: tal realizó con suma conciencia Manzoni para restaurar aquella Lombardía semi-española del siglo XVII, y tal fué en su «historia montañesa» de la misma centuria, la empresa que acometió *Juan García*, discípulo de los más hábiles que en España han tenido ambos maestros.

Discípulo de Manzoni, más que de Walter Scott, si se atiende al espíritu, no sólo moral, sino austeramente religioso, de positivo y práctico cristianismo, que se difunde por todas las venas de la obra; arte severo é inmaculado que no admite, ni á título de contraste, ninguna emoción desordenada. Discípulo por la sencillez de la acción que no sale de los términos de la vida ordinaria, ni ofrece complicación alguna de las que por excelencia se llaman novelescas, ni busca tampoco los aspectos más brillantes de la historia al ingertarse en su tronco. Discípulo también, pero no imitador ni copista servil, en los dos principales caracteres, D. Diego Pérez de Ongayo y Fray Rodrigo. ¿Quién, al contemplar el verdadero desenlace de nuestra novela en la cristiana y resignada muerte de aquel desalmado solariego, Caín de sus hermanos, amansado ya y traído á penitencia por la solemne, á la par que cariñosa, voz de su hermano el fraile, no se acuerda involuntariamente del «Innominato» y de «Fra Cristóforo?»

Otros caracteres entran más en el género de Walter Scott. Casto y gentilísimo, con delicados toques de pasión, es el tipo de Doña Mencía; grave y austeramente señoril el de su madre Doña Brianda; arrebatado y generoso el del capitán que vuelve de Flandes; noble y fiel el del Rebezo; iracundo y

pronto á la venganza el del catalán, como aquellos paisanos suyos cuyos hechos nos refirió en estilo de Tácito D. Francisco Manuel de Melo. Ninguno de estos personajes es convencional; todos tienen rasgos de época finamente estudiados. Pero aunque entre ellos se teja principalmente la trama de la novela, todavía valen más otros personajes episódicos: el hidalgo de Binueva, tan sano y entero de alma como descompuesto, extraordinario y brusco en actos y modales; el ladino y cortesano abad de Santillana, que tan discretamente camina al logro de sus ambiciones; el taimado político de campanario, Agustín Calderón; el Lic. de Ruiñada, rico en argucias y pedanterías jurídicas; los dos hermanos Gómez de la Torre, deliciosamente cómicos en su galantería infantil y trosnochada, en la perpetua comunidad de sus pareceres y en la impertinencia de sus discursos. Y tras ellos todo el coro de montañeses, que bien muestran ser abuelos genuinos de los de Pereda y parientes próximos de los escoceses pintados por Walter Scott, sin que haya en esto imitación, sino absoluta y perfecta coincidencia: económicos, pacientes, cautelosos, astutos, obligados á serlo por la pobreza de la tierra y por el hábito de vivir en perpetua contienda forense.

El escenario histórico en que toda esta gente se mueve, está admirablemente elegido. Quedaba en las Asturias de Santillana, y persistió por lo menos hasta el tiempo de Carlos III, un resto importante de las antiguas libertades comunales: las juntas de los nueve valles, que se reunían en la Puente de San Miguel, lugar del valle de Reocín. «Desde allí —como dice Escalante— fué largos años gobernada y regida por sus procuradores, parte muy principal y considerable de aquella antigua tierra, en Castilla, llamada de Peñas-almar, tierra tan fatigada por el ánimo inquieto de sus naturales, los derechos encontrados, las jurisdicciones varias, las leyes muchas y confusas, mal obedidas las nuevas y olvidadas las antiguas.»

Hallábase aquel humilde Capitolio montañés, del cual no quedan ni ruinas, en la

margen izquierda del Saja. El archivo de las Juntas se guardaba y se guarda todavía en la vecina ermita romántica de San Miguel. Atentamente le había explorado Amós de Escalante, para quien eran tan conocidos aquellos parajes, como los rincones de su nativa casa. Cuanto en el libro se escribe de aquella rústica congregación de los procuradores de los valles, es historia pura fundada en el texto de las Ordenanzas, confirmadas en 1645 por Felipe IV, y en otros varios documentos que en los apéndices se mencionan. Histórico es el orden de presidencia y asiento; históricos los nombres de los justicias, procuradores y escribano que en la Junta figuran; histórico el mandamiento ó convocatoria á los valles, y todos los demás papeles que en el mismo texto de la novela se ponen íntegros ó en extracto, como Manzoni intercaló los bandos de los gobernadores de Milán. Este escrúpulo de nimia exactitud diplomática, contribuye al prestigio de la ilusión poética, haciendo al lector verdaderamente contemporáneo de los sucesos que se narran. El cuadro de las Juntas es acaso el mejor de la novela, y la brava pendencia con que terminan, recuerda, con desenlace menos sangriento, la lucha de los dos clanes rivales en «The fair maid of Perth.»

Reparos harto livianos han puesto á «Ave Maris Stella» los pocos críticos que se han fijado en ella. Dicen que la acción, aunque dulce y simpática, es pobre y algo desleída. No puede llamarse pobre una acción que tiene todo lo necesario para su integridad, y además, en «Ave Maris Stella,» como en todas las buenas novelas históricas, el interés es doble: uno el personal de los protagonistas; otro el interés colectivo, el interés de la historia en que ellos van envueltos y que los arrastra en sus tortuosos giros. Atender al primero y no al segundo, que en la intención del autor es casi siempre el capital, equivale á desconocer la verdadera índole de este género narrativo, cuya mayor eficacia y virtud poética consiste precisamente en mostrar la acción del destino histórico sobre el destino individual; empresa de mu-

cha más consecuencia que las manifestaciones del puro realismo. Entendida de este modo la novela histórica, viene á ser una transformación moderna de la epopeya. Así en la novela única é insuperable de Manzoni, una inocente pareja de sencillos contadini, Renzo y Lucía, pasea sus contrastados amores á través del hambre, del tumulto y de la peste, y viene á reflejarse en aquellas humildes existencias todo el movimiento de la sociedad lombarda del siglo XVII, en todas sus clases y condiciones, desde los «bravos» asalariados y tiranuelos feudales, hasta el santo Arzobispo Federico Borromeo. Así, en «El Sr. de Bembibre,» novela dignísima de ser citada en primera línea entre las nuestras, el gran drama de la caída de los Templarios y la visión imponente del Castillo de Cornatel, se sobreponen en mucho al interés que sin duda despiertan las cuitas amorosas de D. Alvaro y Doña Beatriz, tan delicadamente interpretadas por el alma ardiente y soñadora del poeta.

.....

Pero ya he dicho que para mí el verdadero desenlace no está en el accidente fortuito y material que arrastra á D. Alvaro, sino en la conversión moral de su hermano Don Diego.

Con ligereza se ha dicho también que el novelista se desentiende de las situaciones más culminantes para pintar un paisaje ó una marina con verdadera delectación morosa. Precisamente nuestro Amós conocía muy bien este punto flaco del arte de Walter Scott, «el cual, con tanto amor y deleite, se detiene á veces en detallar y pulir sus cuadros de la naturaleza, en hacer correr sobre ellos, ya la luz, ya la sombra, que parece olvidarse de que le aguardan sus héroes para hablar ó moverse, y con mayor impaciencia el lector, puesto en sus manos por la afición

ó el capricho.» El capítulo titulado «Puerto Calderón,» con que empieza la novela montañesa, es el único que adolece de este defecto, y hubiera ganado con ser más breve, aunque en ellos se perdiesen algunos primores de forma; pero no puede decirse que en él se distraiga el autor de nada, puesto que todavía no ha comenzado su relato. Lo que sí puede y debe decirse, es que tarda en entrar en materia, y que esta novela, al revés de otras muchas, va ganando interés conforme avanza.

No necesito encarecer de nuevo las dotes de paisajista que Escalante tuvo y que no podían menos de ser para él una tentación perpetua. Pero debo notar que, en este último libro, la naturaleza visible está sentida y representada de un modo muy diverso que en sus relaciones de viajes y en sus impresiones de la playa. El paisaje de «Ave Maris Stella,» está empapado de emoción moral, si vale la frase. Guarda misteriosa consonancia con los estados de alma de los personajes y con las escenas en que intervienen. Es, por decirlo así, un lenguaje simbólico en que la tierra madre habla á sus hijos. Fácil sería puntualizar esto, si los límites del presente estudio lo consintiesen. Tampoco responderé de nuevo á las acusaciones de afectada cultura en el lenguaje. Suponiendo, lo cual estoy muy lejos de conceder, que para los españoles sea arcaica la lengua que hablaron sus mayores prosistas y poetas, siempre estaría legitimado su empleo en un argumento del siglo XVII, y en la pluma de un escritor que podía decir de sí mismo, como Tito Livio, que escribiendo de cosas antiguas, sentía que su alma se hacía antigua también: «*Vetustas res scribenti nescio quo pacto antiquus fit animus.*»

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.



OFRENDA

Los balcones ojivales de un convento carmelita perpetúan en sus marcos, cual prodigio de cristal, la litúrgica vidriera que á un maestro mosaita encargó un prior de Hipona, por decreto rectoral.

Un infolio venerable, en romance franco, anuncia que sus goznes y sus llaves, maravilla del cincel, fueron la obra legendaria de un orfebre de Maguncia que emigró al país de Hungría bajo el reino de Isabel.

Cuando el Sol gasta su aljaba en los ónices del coro, asemeja la vidriera zodiacal constelación, sumergida en el encanto de un crepúsculo de oro que realza sus matices de jacinto y corindón.

Bajo el beso de mil lirios —un floral beso de seda— ciñe el Niño Dios un nimbo de un reflejo aurisolar; sus pañales son de un lino tan hermoso, que remeda el vellón de bella espuma que en las ancas tiene el Mar.

Y María —¡oh alegría, oh ambrosía, oh melodía, más sagradas que los óleos de la unción del rey Saúl!—

en su manto azul, graciado de menuda pedrería,
está envuelta como el sueño de un astro en un lago azul.

José vela en los portales con sus varas de azucenas
y su manto de gran púrpura, como un viejo emperador;
á sus pies están ardiendo suaves mirras agarenas
en braceró que es la boca de un dorado aligator.

Suaves mirras que extrajeron de un jardín de mil corolas
los tres magnos orientales cuya pompa es todo real;
bajo un cedro de oro fino resplandecen sus estolas
y sus mitras eminentes de un prestigio arzobispal.

Respirando un vapor de oro por sus tómidas narices,
descendió el Toro celeste que preside al Sol de Abril;
lleva atado en sus cuernos, por guirnaldas, cuatro lises,
y la estrella Sáhil luce enclavada en su perfil.

Y la mística Paloma, en un claro azul distinta,
lleva en el pico una cinta de grana como pendón:
Santa Dei Genitrix, dice en la grana de la cinta,
decorada como el regio pectoral de Salomón.

Sobre el rústico pesebre, de las altas glorias llega
—resonante de alabanza— su magnífico clarín,
y á las puertas del pesebre, como un cisne astral, despliega
sus dos alas, cual dos liras, un inmenso serafín.

LEOPOLDO LUGONES.





EVOCACIÓN

Parece indiferente escribir para un público ó para otro sobre ideas generales; pero yo creo que la diferencia es esencial. Porque para mí no existen ideas verdaderamente generales, ni tampoco una humanidad abstracta extendida por todo el mundo; sino que las ideas viven sólo entre los hombres por efusión, por el modo como son dichas en palabras, por la fuerza con que estas palabras mueven el corazón del que las escucha; y sólo conociendo á éste de una manera viva se le puede hablar con vibración adecuada.

Todo esto lo digo, pensando especialmente en el periodismo como género oratorio, porque claro está que en las regiones superiores é inferiores, este sentir no tiene exacta aplicación. En el trabajo meramente expositivo ó de información, por ejemplo, no hay vibración que transmitir ni, por tanto, verdadera efusión: en las altas regiones de la poesía, la vibración y efusión son tantas, que el poeta habla solo y sin pensar en nadie que le escuche, pero tan hondo de su naturaleza humana, y tan altamente hacia el cielo de todos los hombres, que cuantos le oigan y entiendan la externa materialidad de su lenguaje, se sentirán heridos por el fuego de su palabra; y aun á muchos que no la entiendan, algo les alcanzará del divino calor de aque-

lla música. El poeta es el único que puede hablar solo sin volverse loco.

Pero el orador, en la tribuna ó en el periódico, necesita un público, y verlo —con unos ú otros ojos— y sentir su palpitación —con uno ú otro sentido— y, lo que es más, participar de ella y devolverla intensificada: necesita, en una palabra, comunicación. Si no estoy en tu corazón, mal podré hablar en tu corazón. Y si no hablo en tu corazón, ¿qué le importa al mío hacer desfilan ante tu entendimiento una teoría de ideas lejanas como una procesión de cadáveres? «Todas las ideas —dice Goethe— han sido ya pensadas; sólo es menester pensarlas otra vez.» Este pensarlas otra vez, entiendo yo que quiere decir pensarlas con el corazón, que habla en seguida.

Por todo esto, me repugna siempre ponerme á escribir, en este género oratorio, para un público lejano, para un público del que yo no pueda ver en mi imaginación centenares de rostros personales, y no pueda figurarme el gesto de cada uno á cada una de mis palabras, y oír, como dentro de mí, la exclamación y el suspiro de cada boca, y ser aire de mi pecho, así el de sus lugares públicos donde alienta y se manifiesta corpórea y ruidosa su alma colectiva, como el de la recóndita estancia

donde un hermano en sentimiento está inclinado sobre el escrito mío mientras alisa maquinalmente sus cabellos con aquel ademán que les es tan familiar, y de mí tan conocido.

De estas visiones necesito para hablar en vivo; este público me hace falta ante mi mesa de escribir. Porque si no, me parece que hablo á las nubes que pasan por delante de mi ventana, que escribo una carta sin saber á quién. Y ¿qué tengo que decir yo á las nubes de mis ideas generales? ¿Qué tengo que contestar á quien nada me pregunta?

Podrá ser, sí, que yo hable á unos á quienes tenga presentes, y me entiendan muchos otros que ignoro; pero sólo aquellos habrán dado sentido á mi discurso. Cuando se habla á un hombre, muchos pueden darse por entendidos, porque el hablar á un hombre hace ya viva la palabra. Pero la voz del que habla solo ó sin saber á quien, toma un tono extraño: tiene un timbre opaco, que no vibra ni penetra, y las palabras caen frías, muertas —aunque estén bellamente compuestas,— como dichas en vano. ¡Ay de la mujer que se engalana sólo para su espejo, ó del todo ignorante de los ojos que han de mirarla!

Con todo esto, sólo quiero decir mi pena por lo mucho que se habla al público de esta manera en palabras ociosas: que es peor que no decirlas, porque el público se acostumbra á tomarlas por buenas, y cuando con ellas dentro, no obstante, desfallece, á despreciarlas todas.

¡Oh! ¡Mi público, mi público! ¿Dónde estás, mi público, que no te veo ante mí, y estoy hablando solo en las tinieblas, como un poeta ó como un loco? ¿Quién me dará la comunicación viva para que mis palabras tomen aquí algún sentido? ¿Por qué no veo yo ahora aquellas caras que solía, con la expresión de sus ojos, ni oigo aquellas voces que me replicaban ó aquellos suspiros? Yo no las creía encerradas

en el recinto de una ciudad, sin embargo; ó creía al menos que en esta ciudad mía cabían muchas más gentes. Y he aquí que ahora me vuelvo del otro lado, y á nadie veo, y me parece que estoy hablando solo. ¿Qué es esto?

Hay que hacer una ciudad nueva donde podamos vernos muchos que ahora no nos vemos, y que nos amáramos, estoy seguro; porque yo por mi parte siento un gran vacío en el corazón; y conozco que si aquellos rostros personales, cuya visión necesito para hablar vivamente, me fueran más representativos; si en las exclamaciones y suspiros que creo oír se contuvieran muchos otros; si los habitantes de mi ciudad fueran en mayor número, yo creo que este vacío se llenaría, ó se aliviaría un poco.

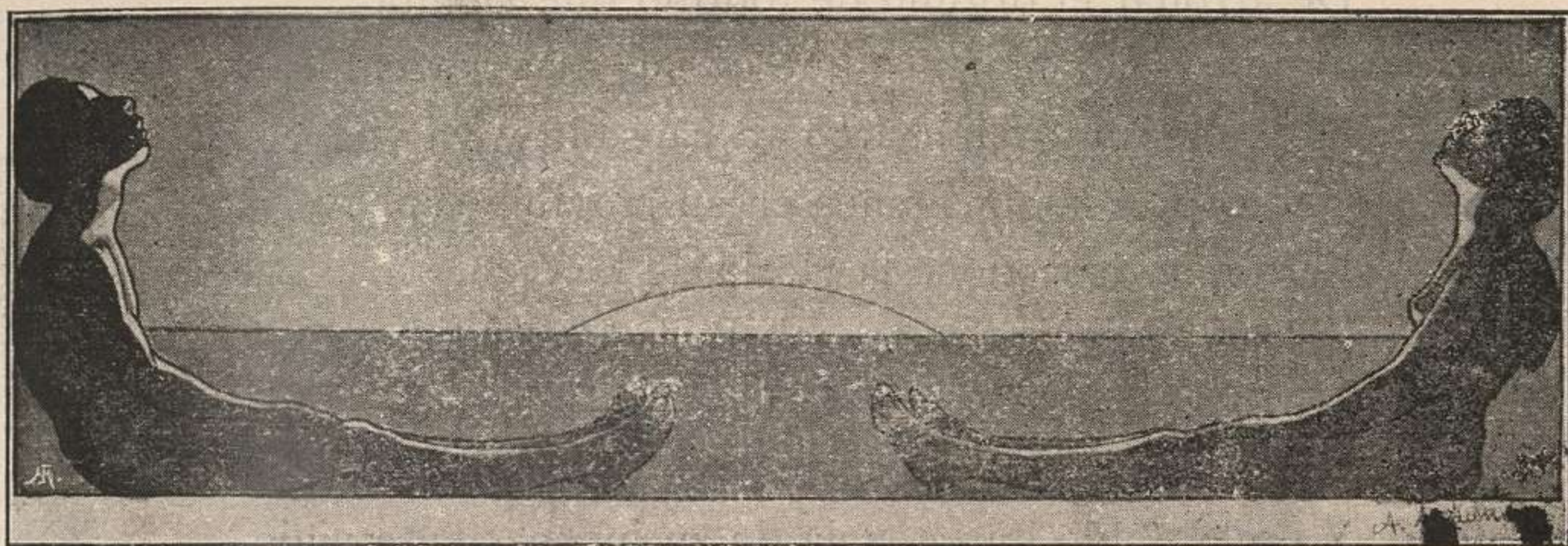
Porque así no se puede vivir, ó no se debe vivir. Más vale predicar á las aves y á los peces con amor, que á los hombres que están lejos de nuestro corazón; aquél es sermón vivo; pero ¡ay! ¡de la humana turba anónima, absolutamente, para su predicador! ¡ay! ¡del predicador mismo!

¿Por qué levanto, pues, aquí la voz, aquí donde hay gente que escucha y no la conozco? Es que no hablo á la gente que pueda escucharme. Hablo solo, como un poeta, sin serlo; como un loco, sin serlo tampoco; espero. Mi palabra es como de evocación: es un intento de evocación de la ciudad nueva y más grande que quisiera ver brotar todo alrededor mío, alzándose de las piedras de mi desierto.

Cuentan de aquel santo que oró con tanta fe en medio del desierto pedregoso, que al concluir su oración oyó correr un inmenso murmullo á flor de tierra; y era que todas las piedras respondían: *Amén*.

Mi fe en la ciudad nueva quiere ahora asemejarse á la de aquel santo; y quedaré con el oído tendido al *Amén* de las piedras ó de las gentes.

JUAN MARAGALL.



EN EL MAR

Para Pedro Solís Cámara.

Oh mar, sigue contando, comprendo tu lenguaje,
 No me arredra el empuje de tu furia salvaje
 Ni temo las maldades que en tu grandeza escondas
 ¡Es justa la protesta que palpita en tus ondas!

¡Oh mar, sigue contando . . . ! Hay una gran tristeza
 En los azules rizos que cubren tu cabeza.
 Y es un grito de tedio la furia de tu enojo,
 Terrible en el esfuerzo supremo de su arrojó!
 Rimas un himno inmenso de pena y de impotencia
 Porque Dios no ha querido derramar su clemencia
 Sobre el hervir continuo de tus olas ligeras,
 Y lloras y te agitas, te retuerces y esperas
 Esperas que se cambie tu implacable destino
 Y puedas en la Vida volverte un peregrino
 —Un peregrino enorme de fuerza y de esperanza
 Que arroje sobre el mundo la terrible venganza

De arrollar el orgullo de todo lo que alienta
Con el Dolor inmenso que en sus olas revienta! —
Hoy eres un gran charco ya cansado y ya viejo,
Que copias las imágenes en su movible espejo;
Pero que desconoce la gloria de la Vida,
(Besar tus labios rojos, ¡oh Bella Presentida!).
Tus olas van sin ruta, sin fe, sin ideales,
Desgranando el rosario tedioso de sus males,
Y en la noble impotencia de su inconsciente viaje,
Tornando en blancas flores de espuma, su coraje!

Oh mar, sigue contando! Es la tristeza humana
La que en tus olas vibra. Vuelca tu furia insana
Sobre mi barco esquivo. Soy también una onda
Del gran mar de la Vida y es mi pena muy honda!
Desconozco mi ruta, y perdido en la bruma
De las filosofías, un gran Dolor me abruma:
El Dolor del que ignora las eternas Verdades
Y ha probado el embate de las Adversidades;
El Dolor que transforma, que aniquila y que mata
Los ensueños dorados y las risas de plata!
Desconozco mi ruta. . . . ! En una oculta roca
Se estrellará el anhelo de mi impaciencia loca,
Y libre ya mi espíritu del lazo mundanal,
Florecerá en el éxodo de su marcha triunfal!

Sigue, sigue contando, comprendo tu lenguaje,
No me arredra el empuje de tu furia salvaje,
Ni temo las maldades que en tu grandeza escondas. . . .
¡Es justa la protesta que palpita en tus ondas!

Las Nubes han cubierto de sombras el espacio;
La Noche suelta el chorro de su cabello lacio,
Y la luna difunde con el suave derroche
De su luz, el solemne misterio de la Noche.

Hace ya muchas horas que estoy en oración
 Ante el vasto poema de tu desolación.
 Mañana, cuando vuelque la Aurora su pureza,
 Y tus olas tranquilas retraten la belleza
 De un Sol ardiente y nuevo, mi tierra tropical
 Me ofrendará la gloria de su beso triunfal;
 Y seré un rojo glóbulo de su sangre potente,
 Cuidaré que germine del surco la simiente
 Del Amor, y diré mis estrofas sentidas
 Para apagar la angustia de las almas vencidas !
 Y tú, siempre en tu sitio, sin fe, sin ideales,
 Desgranando el tedioso rosario de tus males;
 Sufriendo el infecundo martirio de ser preso
 Por el fallo implacable de un divino proceso;
 Hinchándose tu seno que se ahonda y se estrella
 Sin dejar una herida, ni un surco, ni una huella,
 Pues es indiferente tu superficie zarca
 A todo lo que pueda dejar alguna marca!

Mas si es grande tu pena, que sea grande tu esfuerzo:
 ¡Levántate al reclamo sonoro de mi verso;
 Huye, oh mar, de tu cárcel, que está abierto el camino,
 Que te mire él más grande y fuerte peregrino;
 Haz tus armas triunfales de la enorme paciencia
 Con que rimas el himno crüel de tu impotencia,
 Y ve como un Quijote á luchar contra el Mal,
 En un éxodo raro, florecido y triunfal!

.....

Sigue, sigue contando, comprendo tu lenguaje,
 No me arredra el empuje de tu furia salvaje,
 Ni temo las maldades que en tu grandeza escondes
 ¡Es justa la protesta que palpita en tus ondas!

ÁLVARO GAMBOA RICALDE.

Mérida, 1906.



EL PASADO

—Mira, ese es tu padre.

D. Jorge volvió la cabeza con maliciosa curiosidad. Una mujer, la que había hablado, apuntábale con el dedo. Junto á ella, un niño fijaba en el caballero la ingenua mirada de sus ojos azules.

Sorprendida en aquella actitud, la mujer bajó rápidamente la mano, y con azoramiento se inclinó hacia el niño, arreglándole la gorrita.

Levemente inquieto, D. Jorge enlazó el brazo de su hija, sujeta por el encanto de un escaparate, y atrayéndola, la invitó:

—Vamos, Concha.

Continuaron. A poco, se volvió él á mirar. Detrás, muy cerca, seguían la mujer y el niño.

Tal vez fuese casualidad. Para sustraerse á ella, tomó por una calle poco frecuentada, con pretexto de ver unos libros.

Parado ante las vitrinas, mientras leía los deslucidos tejuelos, observó con disimulo. La mujer y el niño, al borde de la acera, esperaban.

La inquietud del caballero creció, tendió á concretarse. ¿Quién sería aquella mujer? Se fijó en ella. La cabeza, rebu-

jada en un manto, apenas si entre su sombra podían vislumbrarse unas pálidas facciones ajadas. La estatura, regular. El cuerpo se desvanecía bajo una larga capa vieja y parduzca. Filomena acaso. . . . Tal vez Elvira. . . . O Teodora. . . . La vida de D. Jorge no se hallaba limpia de pecado.

El niño, de frente al caballero, siempre fija en él la mirada ingenua, parecía tener unos ocho años. Buceó este en su historia. . . . Ocho años. . . . Debía ser Elvira. Fué por el noventa y tantos. Justo, el noventa y cinco. Pero entonces, el niño tendría ya diez años, cerca de once. Quizás los tuviera. Los chicos pobres crecen tan desmedrados. . . .

Era rubio, de ojos azules, de rizosa guedeja ambarina, que acariciaba las mejillas anémicas; el cuello, endeble. A D. Jorge le recordó un retrato suyo de niño. Un retrato en que estaba vestido de marinero, gallardamente apollado en una barca. De su corazón emblandecido subió á sus ojos una ráfaga de ternura.

—Papá, ¿no volvemos?—preguntó impaciente la hija.

Volvieron. Pasaron junto á la pareja

inquietante, que seguía esperando. Don Jorge sintió la mirada del niño fija en él.

Se irguió adusto. Era alto y ceceño. Su largo bigote áureo, entreverado de canas, se rizaba agresivo sobre sus mejillas enjutas, rozando la nariz fina. Sus ojos se cerraban con un «tic» nervioso. La hija, también alta, más gruesa, más tranquila, tenía blanco y transparente el cutis, zarcos los ojos, la nariz un poco chafada, como las de las antiguas estatuas sepulcrales.

Seguía el caballero preocupado, absorto. El recuerdo de aquella Elvira se precisaba. Era telefonista y romántica. No ignoraba que estuviera casado, aunque él, previsor, nunca la dió su verdadero nombre. Pero sí la enteró de aquel lazo, antes de la seducción, para evitarla engañosas ilusiones. A veces, en sus presentimientos de abandono, le hablaba ella de matarse. El se reía, tomándolo á gorja. Mas luego, cuando sobrevinieron complicaciones y la huida se impuso, durante algunos días, en el boulevard donostiarrá, á la hora del «vermouth,» el traidor galán abría con temor los periódicos, y, un poco estremecido, buscaba la crónica de sucesos. Felizmente, el romanticismo de la telefonista no era de acción.

Al retornar á la corte, bien entrado el otoño, ni se acordaba de su aventura. Nada, después, había encendido en su corazón el recuerdo.

Cruzaron una calle. Súbito un coche se le echó encima. Y en el forzado retroceso, D. Jorge casi atropelló á la mujer y al niño que le seguían, silenciosos y pertinaces.

Arribaban á la Puerta del Sol. Era un plácido anochecer invernal. Las gentes, que volvían de los paseos, tibio el espíritu por la caricia del sol, sentían la repulsión de sus hogares sombríos, solitarios, y con paso perezoso retardaban el regreso. Vibraban las calles jubilosas. Fulgían los escaparates; pregonaban los vendedores; tim-

breaban rudos los tranvías. Las muchachas lanzaban ojeadas propicias á sus cortejos. Sátiros barbudos perseguían doncellas equívocas. Ante un lienzo donde se proyectaban, alternantes, anuncios y figuras grotescas, boquiabierto y regocijada agolpábase la multitud.

D. Jorge, molesto por la persecución, se hundió en el bullicio, ávido de anularse de desaparecer. Buen piloto callejero, que sacaba siempre á su hija indemne de las peligrosas sirtes, no se inquietó aquel día de mezclarla en el gentío, grosero y audaz.

Avanzaron con trabajosa lentitud. El caballero, que se había hecho propósito de no revolver la vista, íbase sintiendo más confiado y animoso. —Seguramente ya habrán desaparecido— pensaba. —Una coincidencia fortuita ha engendrado esta persecución, puramente imaginaria. ¿A que ya no están?— y D. Jorge dirigió en torno suyo una mirada triunfante. Allí, á dos pasos, se encontraban, callados, humildes.

La decepción irritó á D. Jorge. ¿Qué se proponían?

Como inadvertidamente, su hija le empujaba calle abajo, camino de la casa, donde su novio estaría al llegar. El padre se dió cuenta del intento. Y, relampagueante, advirtió el peligro. Su domicilio era lo que querían averiguar. Luego vendría el escándalo. Aquella mujer contaría, diría.... Tal vez retuviese alguna carta.

Y su hogar apacible, por el que jamás cruzara una sospecha, el hogar donde, merced á esfuerzos de prudencia y sigilo, se había ido preparando una noble y reposada vejez, se le apareció perturbado, deshecho. Crudas cuestiones con su mujer. Miradas recelosas de sus hijos... Extraño en su casa.

Torció el rumbo. La niña le suplicó cariñosa:

—Papá, Enrique estará en casa esperando.

—No. Le encontré esta mañana y me dijo que hoy no podría ir. Se me olvidó avisártelo. Acaso por aquí le encontremos.

Mentía. Pero ni pensó en la disculpa. Iluminadas por el miedo, dispersas, fragmentarias, pasaban por su imaginación historias de amigos, de parientes perseguidos por antiguas amantes. Una mujer dispuesta á todo, es de temer.

Andaba muy de prisa. Su hija, extrañada, seguía con trabajo. De pronto dió media vuelta y entró en un bazar. Lo atravesó corriendo casi. Salió por la otra puerta y tornó á sumergirse en la ola bullente del gentío. Miró alrededor, receloso. No se atisbaba la inquietante pareja.

Un poco más tranquilo, se puso á charlar con su hija. Y empezaba á contarla chistosamente el por qué de aquellos paseos misteriosos, cuando se les encaró un señor con gafas.

—¿Qué tal? ¿Cómo va?

Se pararon un momento. Entre el revuelo de la multitud, advirtió D. Jorge los azules ojos del niño.

¿Con que no había remedio? . . . ¿Por qué no estaría solo? Iriase á un casino, allí cenaría, dormiría si era preciso. . . . Pero con su hija. . . .

Si tomaran un coche. . . . No pasaba ninguno. Luego, á aquellas horas, ¿dónde ir? Sólo á casa. Y ellos le seguirían. Tomarían otro. Correrían detrás. —Los coches van tan despacio.— Se montaría el chico en la trasera.

El encuentro con el señor de las gafas le sugirió mejor idea. —Una visita.— Precisamente en aquella calle vivían las de Rebollar.

Se lo propuso á su hija. La niña que, llena de ilusión, se desojaba buscando á su novio, torció el gesto. Metida en una casa no era fácil encontrarlo.

Pero, obediente, asintió. Siempre escoltados, siguieron hasta la casa. Subieron.

—Los señoritos no están. Si quieren ustedes pasar y esperarlos. . . . No tardarán.

—Sí, entraremos un momento. Estoy cansado.

Pasó un cuarto de hora, veinte minutos. No podían decorosamente esperar más.

Ya en el recibimiento, la puerta franca, D. Jorge hizo preguntas, dió encargos. Su hija, en el rellano de la escalera, esperaba nerviosa. Rápida, á saltos, bajó. El caballero, con gran lentitud. Mal de su grado, llegó al portal. La mirada ingenua del niño, parado en frente, se cruzó con la suya.

Desesperado, sintió un brutal impulso de precipitarse sobre los dos, sobre la madre y sobre el hijo, y golpearlos hasta que se rindieran en el suelo, impotentes para seguirle. Pensó llamar un guardia, hacerlos detener. Y ¿con qué pretexto? Ellos iban por su camino, tranquilos, silenciosos.

Un automóvil pasaba crepitante. Don Jorge pensó en la posibilidad de un atropello. Ocurren tantos. Cruzó de una acera á otra, de ésta á aquélla. Se metió por los sitios de más peligro. Si de repente oyera un grito angustioso. . . Ciego por su preocupación, estuvo á punto de ser atropellado.

Consiguió sólo que sus perseguidores, conociéndole la intención, se pegaran á él. D. Jorge lo notó. Y empezó á pensar, como mecánicamente.

—Van á pararme y á hablarme.

Oyó musitar á su lado una voz femenina.

—Ya está aquí —se dijo.— No la oía bien. Hablaba muy bajo. Y la angustia le atarazaba la garganta, le golpeaba las sienes, le entorpecía los sentidos. Empezaron á castañetearle los dientes.— Ahora subirá la voz. Me presentará al niño. Provocará un escándalo. Se enterará mi hija.— Seguía el murmullo.

—Dios la socorra, hermana.

Las palabras de la niña, claras, distin-

tas, luminosas, cayeron sobre su corazón como un alivio.

Mas presto volvió á ganarle la angustia. —Aquella vez había sido una mendiga. Luego serían los otros.— Sin mirarlos, los sentía detrás, pegados á él. Hasta se le figuró que el muchacho debía ir agarrado á su abrigo.

Entonces fué una necesidad loca de huir. Habría salido por una de las calles desiertas, corriendo como un ladrón.

Escapar aquel día. Que su hija no se enterase. Después ya se las bandearía solo.

Pasaban frente á una pastelería.

—Entra —invitó á la niña.— Te convidó.

Al avanzar por entre las mesas, alguien se quitó el sombrero. El correspondió, sin saber á quién saludaba. Se sentaron. Trajeron pasteles. Mordió uno. Masticó sin poder tragar el bocado. —Pegados al cristal del escaparate, los ojos azules le sonreían.— Se puso de pie.

—Voy ahí fuera. Un momento.

La hija, encendida por las insistentes miradas de los hombres, suplicó:

—No tardes.

—En seguida vuelvo.

Salió y tomó de prisa por una callejuela; avanzó hasta la mitad. Súbito se volvió,

enfrentándose con los otros, que le seguían casi corriendo.

—¿Qué quieren ustedes? ¿A qué me siguen?

Lo dijo tan iracundo, que la mujer, atemorizada, retrocedió.

—Aquí tiene —añadió, sacando un billete de la cartera.— Pero váyanse pronto, váyanse. . . . Su voz tremaba, violenta y nerviosa.

La mujer agarró el billete y escapó, arrastrando al niño. El caballero los vió alejarse, doblar la esquina, perderse. . . .

* * *

Un hombre, embozado en una capa con vueltas rojas, el sombrero derribado sobre la sien izquierda, se acercó á la mujer que huía. Protegidos por la sombra dialogaron rápidos. Ella le entregó un billete. Era de diez duros. Por enfrente, á plena luz, lentos, majestuosos, avanzaban un caballero de patillas rubias y una señora, elegante y vistosa, que se colgaba de su brazo. El hombre de los embozos grana se los mostró á la mujer. Contestó ésta:

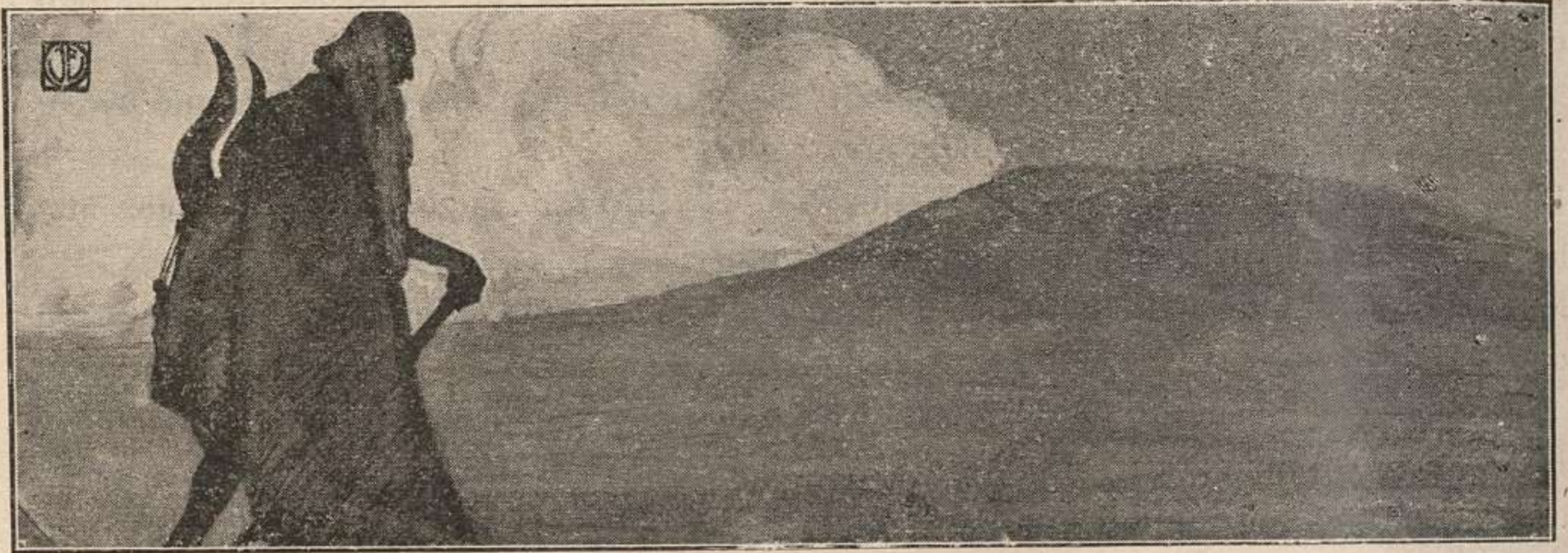
—No. Basta por hoy.

El niño contemplaba al caballero de las patillas con sus azules ojos ingenuos.

RAFAEL LEIDA.



J. RVELAS · 1901 ·



PAJAROS DE LAS ISLAS.....

Pájaros de las islas, en vuestra concurrencia

Hay una voluntad,

Hay un arte secreto y una divina ciencia,

Gracia de eternidad.

Vuestras evoluciones, academia expresiva,

Signos sobre el azur,

Riegan á Oriente ensueño, á Occidente ansia viva,

Paz á Norte y á Sur.

La gloria de las rosas y el candor de los lises

A vuestros ojos son,

Y á vuestras alas líricas son las brisas de Ulises,

Los vientos de Jasón.

Almas dulces y herméticas que al eterno problema

Sois en cifra veloz

Lo mismo que la roca, el huracán, la gema,
El iris y la voz;

Pájaros de las islas, ¡oh pájaros marinos!
Vuestros revuelos, con
Ser dicha de mis ojos, son problemas divinos
De mi meditación.

Y con las alas puras de mi deseo abiertas
Hacia la inmensidad,
Imito vuestros giros en busca de las puertas
De la única Verdad!

RUBÉN DARÍO.

De «Renacimiento.»





HORA DE PRIMAVERA

Conocí un filósofo cristiano, poeta místico y músico religioso, que se llamaba Elías San José.

Sus ojos azules y humildes parecían perpetuamente encantados en un éxtasis seráfico; su palabra brotaba de sus labios exangües, ungida de mansedumbre y de fervor, y su mano pálida y señorial alzabase solemne y apostólica como para predicar la Buena Nueva. Su calva de santo, ancha y brillante, y las guedejas grises que le caían sobre los hombros, le daban un aspecto ascético que acordaba muy bien con su interior y con el ejercicio de sus días bienaventurados.

A las primeras horas de la mañana se encaminaba lentamente á un cercano convento de Mercedarias. Contemplaba á largos espacios los lienzos borrosos que representaban pasajes evangélicos á los sombríos arcones vetustos de la pequeña sacristía. Su espíritu gozaba de una dulce serenidad en aquel ambiente lleno de paz y de incienso, y el alma antigua de las cosas le hablaba dulcemente de otras vidas lejanas, santas y prodigiosas, florecidas de milagros y de martirios, como narraciones de santoral. Después, sus dedos largos y marfilinos arrancaban del teclado de un viejo harmonio las fugaces melodías de los motetes ó las resonancias amplias y profundas del canto gregoriano.

Durante las demás horas leía á San Agustín ó glosaba las tiernas estancias de San Juan de la Cruz ó las de la celeste Teresa de Avila. Y á las veces componía poemas originales ó se perdía en abstrusas y eruditas lucubraciones filosóficas.

Era sobrio en el yantar, compuesto por completo de vegetales, y era agua clara su única bebida. Todo lo demás era gula, y criminosos extravíos por donde el Enemigo llegaba al corazón, gustos del cuerpo y flaquezas de la voluntad. Dormía en un pequeño y limpio mechinal que le tenía alquilado una viuda muy guardadora de su decoro y algo beata, aunque pomposa de figura, cariciosa en el hablar é insinuante de líneas como una tentación.

La vida era para nuestro filósofo y poeta místico, sólo un lugar de tránsito, y su espíritu soñador de emociones de eternidad, se aferraba á una religión, cuyo momento inicial es el infinito de la muerte. Y pasaba por el triunfo de la vida, desdenando sus amores fecundos, bajo la gloria del sol como un triste sonámbulo desterrado de una anhelada muy distante.

Allá en su juventud gris y melancólica, el amor había llamado á su puerta con el hechizo de su voz juvenil y perfumada. Locuelas cabecitas rizosas, palabras mimosas y encendidas, figuras radiantes y seducto-

ras, toda la inefable fascinación de la carne joven y femenina llamó á su corazón sensible á la belleza y al sentimiento, en su ambular por la funambulesca zarabanda de la vida; y aunque sintiera una dulce inquietud y una amable atracción, se fortaleció en su voluntad férrea y glacial, y resistió el ímpetu de la bestia que vive en nuestros sentidos con la energía heroica del santo en el desierto.

—El amor mundano —se decía— es un engaño burdo de la materia para la conservación de la especie.

Y para mayor fortaleza, serenidad y salud de su ánimo, recitábase «in menti,» las prosas de profunda y edificante sapiencia del muy alto poeta y prócer, el Sr. D. Juan Alvarez Gato, y que escritas están en su propio sepulcro:

Procuremos buenos fines,
que las vidas más loadas
por los cabos son juzgadas.
Aparéjate á querer
bien morir,
que el morir será nacer
para vivir.

Y así toda la vida de Elías San José, filósofo cristiano y músico litúrgico, era una preparación para la muerte.

Y he aquí que una noche que, asomado á la ventana de su pequeño mechinal, meditaba sobre la intervención del demonio en los autos sacramentales y en los viejos misterios del siglo XV, resonó en sus oídos una explosión de besos frescos, sonoros, definitivos y un argentino desgranar de risas juveniles.

Nuestro filósofo monástico se caló su sombrero puntiagudo y se lanzó á la calle rondándole el alma una vaga y misteriosa inquietud.

La primavera nacía aquella tarde. El ambiente estaba lleno de tibias y galantes insinuaciones, y el cielo tenía una suntuosa decoración de luminarias. Una multitud vestida de fiesta, vagaba por las calles llenas de luces y de armonías; volaban risas alegres y frases musicales y dulces como ver-

ros. Las mujeres pasaban victoriosas, con la pompa de su juventud y de su belleza, vestidas de colores claros y vaporosos. En la noche galana ardía un triunfo de ojos como llamas, flores de labio en fiebre, sentimentales ojeras de ardientia y palpitantes cuellos desnudos, y flotante sobre todas las cosas una intensa fragancia de carne femenina.

Elias sintióse aturdido en aquella balumba y se perdió por las calles extraviadas. La visión de la ciudad en fiesta, cuajada de reales hembras, le había conturbado seriamente y sentía en sus venas como un vino generoso y saltarín que le distraía de sus divagaciones eruditas. Al llegar á una plazuela, oyó una música calina y sensual que salía de un baile público. Apresuró el paso, pero al llegar ante la puerta, un grupo alocado de muchachas que salían cantando y riendo, cayó sobre el estupefacto poeta místico.

—Es singular. Parece que esta noche andan sueltos y en forma humana, todos los Pecados Capitales.

Llegó á un jardín público y se sentó en un banco solitario buscando reposo para las recientes turbulencias de su espíritu. Inútilmente quiso encaminar á su imaginación por el derrotero de las especulaciones filosóficas; le inquietaban constantemente las parejas de enamorados que se perdían enlazados en el misterio de las frondas. A su lado, una fuente borbollaba sus cristales sonoros sobre la taza de piedra, y sus gárgolas fingían risas vibrantes y chasquidos de besos. Un coro de niñas cantaba ingenuamente un viejo romance, donde latía un infinito anhelo de amor:

¡Dónde vas, amor mío,
que yo no vaya!

No pudo resistir más. Empezó enloquecida carrera, flotantes sobre la espalda sus grises guedejas, mientras la luna iluminaba su calva de santo, ancha y reluciente. Se sentía poseído de una borrachera inexplicable; le parecía que los astros tejían una

extraña danza voluptuosa; que los árboles se besaban sonoramente á su paso; que el cielo, las flores, las mujeres, el rumor de las fuentes y de las frondas se habían conjurado contra él y le embriagaban con un vino delirante, aromado de vida y encendido de sensualidad.

La viuda, como de costumbre, aguardaba la llegada de su huésped, medio tendida en un sofá, mal velado el busto pomposo por los encajes del corpiño.

Elias llegó jadeante, loco, lanzó el sombrero lejos de sí, y precipitándose á los pies de su patrona y besando frenéticamente su mano blanca, gordezuela, de suaves y ten-

tadores hoyuelos, exclamó entre convulsos suspiros y sollozos de felicidad:

—¡Amada de mi corazón, tus ojos son brillantes como estrellas y hieren como puñales! ¡Tus senos son dos cordilleros gemelos, y tu boca es más dulce que la miel de las colmenas! ¡Tu carne es blanca como la leche y perfumada como la mirra! ¡Amame, estrella y flor, fontana de la vida!

Su palabra ardía y vibraba de sentimiento. Todo su sér tremaba en una palpitación de siembra, y en su rostro transfigurado ardía el regocijo de una luminosa revelación.

EMILIO CARRERE.





PARA UN BIOMBO

En verdoso cauce obscuro
 Por el musgo y por el limo,
 Corre y brinca el agua diáfana
 Como vidrio derretido,
 Macilentas hojas flavas,
 De los sauces pensativos
 Arrebata, y tal parecen
 Moribundos pecesitos.
 En los tules erizados,
 Como alambre de cepillos,
 Es el agua en las agujas
 De esos tules, como lino
 Que se carda lentamente,
 Como seda, como un hilo
 Que al escurrir se enmaraña
 Por doquiera sacudido.
 Se revienta, y á la postre
 Deja un haz en cada pico.
 En las peñas barnizadas
 Forma hirvientes remolinos:
 Se separan las burbujas
 Como en busca de un arrimo,
 Y en la sombra de un volado
 Tronco negro de un encino,
 Tal parecen de unos sapos

Colosales, ojos vítreos.
 En las trémulas guirnaldas
 De un bejuco florecido,
 Que los céfiros columpian,
 Un gorrión desata un trino.
 Su reflejo tembloroso,
 Cae á plomo, en un continuo
 Rehilete, que hace un beso
 De dos ondas entre un lirio,
 Y se antoja, palpitando,
 Que se ahoga el gorrioncito.
 Vuelan pétalos de rosas,
 De azaleas y jacintos,
 Remedando mariposas
 Que descienden hasta el líquido.
 Verdaderas mariposas
 Se levantan al unísono,
 Como pétalos de rosas,
 De azaleas y jacintos
 Que retornan á sus cálices,
 Imprimiendo sutilísimo
 Temblor en las limpias aguas
 Al levantarse del líquido.

ABEL C. SALAZAR.



ELEGÍA

A la mitad del invierno, en aquel bosque levantino, corrían todas las fuentes, florecían unos almendros y —en su ansia de tierras abrigadas, las amorosas para el rebaño— acampaban unos borregueros de unas roqueadas de Aragón y Castilla, unos pastores que van siempre peregrinando detrás del sol. Entonces el bosque parecía poético más que nunca, con el ingenuo y robusto regocijo de los regatos y con la alegría virginal de las flores de almendro, y porque la caravana pastoril encendía en medio de muchos pinos, hogueras de llama transparente y de humo azul y oloroso, y copleaba en una melancólica voz ó con su áspero gañote y sus gordas y duras manos tañía con gran suavidad y dulzura una agreste flauta de caña. Tenía, además, el bosque en invierno, quería decir el poema del bosque en invierno, un canto heroico entre los acostumbrados idilios: tenía lobos, y de noche, la gente rústica los perseguía con gayatas, con escopetas y con galgos y mastines; y mientras el ganado, lleno de miedo, se replegaba en el corral, se apretujaba en silencio formando una piña, los hombres, como los perros, aullaban, saltaban en saltos inverosímiles las mulas del hato; el eco se despertaba de pronto sorprendido y se afana-

ba rebotando por las quiebras; se espantaban los pajarracos nocturnos y se volaban á la luna; el lobo, al huir, desgajaba los árboles, los árboles se quejaban en un grito seco y enmudecían desvanecidos por el dolor. . . .

Entonces, pues, que el boscaje vivía con intensidad y pintorescamente, y que más daba de vivir, lo segaron, matáronlo: se hizo eso que llaman una corta.

Llegó un señor de la ciudad y con un cordel fué ciñendo los pinos, y á los que se ajustaba el cinturón, y á los que no les bastaba, los marcó con sendas cruces de cal. Después los aserraron, que ni siquiera hubo la gallardía, el encanto de un leñador con su hacha, ¡ah de los «desbravadores de selvas!» Arrebatava los árboles el señor de la ciudad igual que, á su tiempo, arrebatan á los mozos para el cuartel. Y no le valió al secular y mayor de los pinos su aspecto de rey Lear, ni su gentileza á varios que formaban en un callado una columnata, con que fingían al crepúsculo un templo griego. No se perdonó á ninguno.

Al último, la montaña —ya se llevaron el bosque unos carros de bueyes— quedó desnuda en sus almendros, en unas encinas manchadas de líquenes y en unos pi-

nitos débiles y delgados como juncos, los pinos huérfanos. Emigró el averío á las huertas. Siguiéron á las avecillas los pastores, y á los pastores los lobos, y en adelante ninguna velada del pueblo acabó en paz, que en las referidas cacerías ahora el lobo huía pegándose á las casas. Como un pinazo aplastara al caer una madriguera de conejos, también los conejos se escaparon del monte, y hasta los lagartos: los lagartos salían de su grieta, pasaban á un zarzal, se detenían recelosos; en esto se oía á los aserradores; los lagartos precipitadamente ganaban un segundo zarzal, y así avanzando tocaban á lo mejor en las regaladas huertas, ¡oh felicidad! . . . Y es que los serradores arrancaban la cola á los lagartos para divertirse con su misterioso contorcerse. En fin, los arroyos se enturbiaban y se desbordaban al choque de los gigantes tronchados que deshacían en su porrazo el blando margen; y al entrar en los remansos las ondas turbias, enloquecían los renacuajos y los tejedores, y ya nadie alababa las fontanas del camino. . . . Arruinaban la montaña: á la larga, luego de muertas unas culebras que descubrió un gañán en lo más fragoso, sólo persistía de su esplendor un águila cerniéndose con desdén sobre el picacho que llaman «la quijada de la bruja.»

Pero luchaban por apagar ese rescoldo de grandezas. No descansaba el señor de la ciudad de disparar, aunque en balde, una carabina contra «la quijada de la bruja.» Así le arribó el día de partir del solar del bosque, y por la mañana, aún voluptuosa, navegaba el águila en el azul: á la tarde, y cabalmente cuando el señor cogía las riendas de la yegua en que mar-

chábase, un guarda le trajo el ave de propapia, toda ensangrentada y malherida. Complaciente como una celestina el guarda:

—«Nostramo —dijo— ¡tomíla usted! ¡Ja, que sa creya la mu! . . . ¡Ja!»

El «nostramo» aceptó el águila con ruidos extremos de contento, y no accedió á devolvérsela al cazador, que se proponía rematarla de un mazazo ó de un tiro.»

—La destrozarás —replicaba el señor, y pidió á su casera una «barrena, un punzón, cualquier hierro agudo.» Sacó la huésped una aguja de coser alpargatas, empuñó el caballero la aguja, antes sujetara el águila y le soplara en el cuello para aclarar su plumón, y al cabo —aquí se suspendieron los circunstantes y el paisaje en un momento de sonoridad callada— le hundió el acero en los sesos, por bajo del cráneo; el águila rechinó un lamento sordo, empequeñeció y violentó las pupilas, desmayóse. . . . Exclamó el «nostramo» rompiendo á respirar fuerte:

—¡Bravo! la disecaremos y un recuerdo de la serranía!

Y extendió el ave en una manta de madroños, sobre el pecho de la yegua, y espoleó la yegua que comenzó á andar por un empinado sendero, resbalando en las piedras, impulsándolas á rodar, y las piedras, sin la red de la espesura, descendían como legión de venganza, en cascada invasora.

. . . Padre Fauno, padre Silvano, padre y dios Pan: ¡que una á una caigan las piedras en el corazón! —y lo martiricen y lo desgarren —de los aserradores de aquel bosque levantino, en el corazón del aserrador, del profanador de un bosque!

F. GARCIA-SANCHIZ.



CANCION DE OTOÑO EN PRIMAVERA

Juventud, divino tesoro,
ya te vas para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro
Y á veces lloro sin querer

Plural ha sido la celeste
historia de mi corazón.
Era una dulce niña, en este
mundo de duelo y aflicción.

Miraba como el alba pura;
sonreía como una flor.
Era su cabellera obscura
hecha de noche y de dolor.

Yo era tímido como un niño.
Ella, naturalmente, fué
para mi amor hecho de armiño,
Herodías y Salomé

Juventud, divino tesoro,
ya te vas para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro,
y á veces lloro sin querer

La otra fué más sensitiva,
y más consoladora y más

halagadora y expresiva,
cual no pensé encontrar jamás.

Pues á su continua ternura
una pasión violenta unía.
En un peplo de gasa pura
una bacante envolvía

En sus brazos tomó mi ensueño
y lo arrulló como á un bebé
Y le mató, triste y pequeño,
falto de luz, falto de fe . . .

Juventud, divino tesoro,
te fuiste para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro,
y á veces lloro sin querer

Otra, juzgó que era mi boca
el estuche de su pasión;
y que me roería, loca,
con sus dientes el corazón,

poniendo en un amor de exceso
la mira de su voluntad,
mientras eran abrazo y beso
síntesis de la eternidad:

Y de nuestra carne ligera
 imaginar siempre un Edén,
 sin pensar que la Primavera
 y la carne acaban también

Juventud, divino tesoro,
 ya te vas para no volver!
 Cuando quiero llorar, no lloro,
 y á veces lloro sin querer

Y las demás! en tantos climas,
 en tantas tierras, siempre son,
 si no pretextos de mis rimas,
 fantasmas de mi corazón.

En vano busqué á la Princesa
 que estaba triste de esperar.

La vida es dura. Amarga y pesa.
 Ya no hay Princesa que cantar!

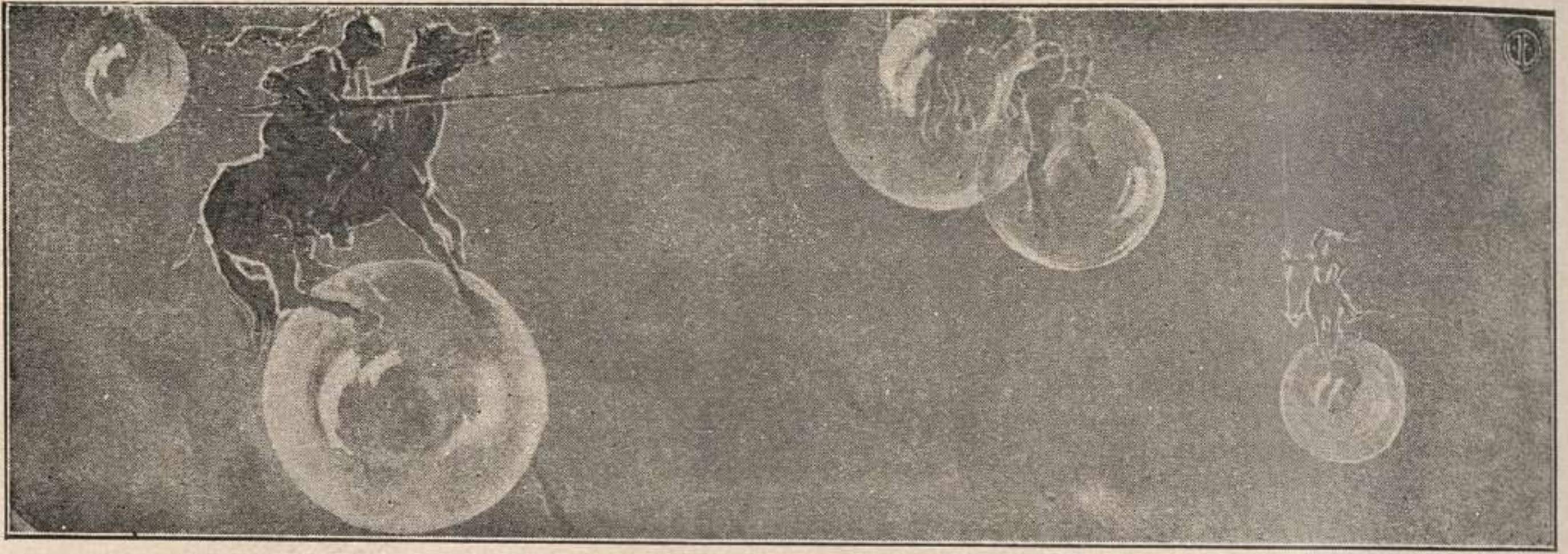
Mas á pesar del tiempo terco,
 mi sed de amor no tiene fin;
 con el cabello gris, me acerco
 á los rosales del jardín

Juventud, divino tesoro,
 ya te vas para no volver
 Cuando quiero llorar, no lloro,
 y á veces lloro sin querer

Mas es mía el Alba de oro!

RUBÉN DARÍO.





LIBROS NUEVOS

Manuel Ugarte. — LOS PROBLEMAS CONTEMPORÁNEOS. — ENFERMEDADES SOCIALES. — BARCELONA.

En este nuevo libro, el cultivado talento de Ugarte, estudia de un modo suscito, pero sólido, las causas generales que contribuyen á detener el empuje de las colectividades y algunos de los errores ó los vicios que han determinado su decadencia. Achaca, principalmente, á los viejos métodos educativos, la causa de esa decadencia y dice: «La pretendida enseñanza laica no es, en cierto modo, más que una repetición de los métodos congregacionistas ó conventuales. Se ha dado más lugar á las ciencias, pero el andamiaje es el mismo.... la médula, los principios directores que nos ofrece hoy el Estado en todas las naciones, difiere muy poco de la médula y los principios directores de la enseñanza teocrática. Con nuestro apresuramiento infantil y nuestra sumisión á las apariencias, hemos creído que para modificar la educación, bastaba poner la Química don-

de estuvo la Historia Santa, sin darnos cuenta de que al obrar así, no hacíamos más que modificar la fisonomía de un sistema, cuya alma, cuyos escalonamientos, cuyos recursos, cuyas tendencias y cuyos fines seguían respondiendo á la idea inspiradora de los que lo fundaron y no se conciliaban de ningún modo con el ideal colectivo de la sociedad contemporánea que debe ser: libertar á las inteligencias en todo yugo, prepararlas para dar su rendimiento de la manera más propicia y suscitar, dentro de la razón, las más audaces empresas individuales.»

Todo el libro está escrito con la serenidad y amplitud de criterio que nos complacemos en reconocer en su autor.

Efrén Rebolledo. — ESTELA. — MÉXICO, 1907.

A su paso por esta ciudad, el poeta de aquel nombre, que desde hace años ha sido nuestro constante colaborador, publicó este nuevo libro de reducido formato, compuesto de unas cuantas poesías y prosas, refi-

riéndose estas últimas, en lo general, á cosas de Guatemala, ciudad que le dió hospitalidad por largo tiempo. Conocida como es la maleable arcilla en que Rebolledo modela sus creaciones, no extrañamos encontrarnos allí con versos tan perfectos como los alejandrinos dedicados á D. Pedro de Alvarado y que vieron la luz en nuestro número anterior. Entre los modernos, Rebolledo se ha hecho notar como dominador de la forma, es un Benvenuto sutil de cosas frágiles y bellas; y ya que la casa Bouret ha juntado últimamente en una edición toda su obra anterior (Joyeles, Cuarzos, Hilo de Corales), nos prometemos hacer un próximo estudio más amplio de este poeta exquisitamente sensual que tiene, para nosotros, altos merecimientos.

Veladas del Ateneo.—SANTIAGO DE CHILE, 1906.

Este volumen presenta los trabajos de algunos de sus socios, trabajos bien dignos, por cierto, de la colección. Sobresalen, entre las poesías, «El ladrón de Flores,» de Victor Domingo Silva, hermoso poema en que el verso de catorce sílabas funde en feliz marinaje, una descripción variada y opulenta con la emoción del asunto, siempre creciente. Acaso publiquemos esta poesía en nuestra Revista; y debemos mencionar también, la silva de Ernesto Montenegro, titulada «La Gran Ciudad,» reveladora del talento del poeta, que ha sabido transmitirnos con tanta viveza, la sacudida de su pensamiento brioso y robusto.

En las prosas se nota un estudio sobre «La Torre de Santa Irenia,» del admirado Eça de Queiroz, hecho por Amanda Labarca Hubertson, donde no resulta, por cierto, empuñada la gran figura de Flaubert lusitano; y un cuento pungente, de Baldomero Lillo, «Subsole,» el primero del libro,

Severa Aróstegui.—POESÍAS VARIAS —MÉXICO, 1906.

Qué lejos estamos ya de los tiempos de Sor Juana; y sin embargo, los añoramos un poco después de hojear este libro; además, también Doña Laura M. de Cuenca está lejos de nosotros, en Berlín, entregada en cuerpo y alma á la pedagogía. . . .

Musa Breve.—SONETOS POR MARCOS E. BECERRA.—1907.

No tan breve, sin embargo, para que deje de provocar en el lector un interminable bostezo, por donde se escapa el aburrimiento en espirales densas. Ni un solo esfuerzo por intentar alguna originalidad; ni la más ligera preocupación por combatir la sosería del ritmo, pleno de terminaciones verbales; así, los sonetos únicamente muestran una banal fecundidad de gerundios y participios, etc.

El criterio sobre los Métodos de Escritura.—LECTURA DEL PROFESOR SEÑOR ABRAHAM CASTELLANOS, VISTOS AL TRAVÉS DE LA CRÍTICA, POR EL SEÑOR PROFESOR GREGORIO TORRES QUINTERO.

Interesante opúsculo de más de 200 páginas, en que el Sr. Torres Quintero demuestra la conveniencia del método onomatopéyico—sintético—analítico, para el aprendizaje de la lectura y escritura entre los niños de las escuelas. Claro, preciso y sencillo en la exposición, el distinguido Profesor predispone al convencimiento, para cuyo resultado no influye menos, seguramente, la oportunidad y la perspicacia con que ha sabido escoger respetables doctrinas de pedagogos eminentes en pro de su sistema, superior indudablemente al del Sr. Castellanos, que se declara por el fonetismo puro. El opúsculo concluye con un honroso juicio que ha inspirado la obra docente del Profesor Sr. Torres Quintero, al notable pedagogo chileno J. M. Muñoz Hermosilla,

Jesús Castellanos. — DE TIERRA ADENTRO (Cuentos).—HABANA, 1906.

Siempre hemos abierto con reserva los libros de algunos escritores regionalistas, por las decepciones que nos ha ocasionado su lectura. Con efecto, el ambiente, el color, la impresión que estas tierras ofrecen al observador concienzudo, está visto al través de las descripciones europeas, tan fecundas en este género de literatura, y por lo mismo, falseados y contrahechos. Entre las raras excepciones de los que saben ver con ojos propios, está, creemos, el autor del libro que motiva estas líneas. «De Tierra Adentro,» es un hermoso intento en ese renglón, y como esfuerzo, digno de todo aplauso; quizás el ímpetu de independencia es demasiado fuerte; quizás la falta de sobriedad en el vocabulario

de la región, daña un poco la claridad natural del romance; pero á pesar de todo, se ve que el paisajista fotografía en cámara propia, lo que le ofrece la naturaleza circundante, siempre elocuente y bella en todas las latitudes, para el que sabe interrogarla con amor. En nuestros próximos números publicaremos algo del Sr. Castellanos.

LIBROS RECIBIDOS

«Liberalismo y Jacobinismo,» de J. Enrique Rodó.—Montevideo, 1906.

Cayetano Rodríguez Beltrán.—«Por mi heredad.»—México, 1906.

Américo Lugo. — «Ensayos Dramáticos.»—Santo Domingo, 1906.



J. ZUELAS 1541



“EL NUEVO MERCURIO”

El interesantísimo sumario de *El Nuevo Mercurio*, correspondiente al núm. 3, que dirige nuestro amigo el escritor Enrique Gómez Carrillo, se compone de lo siguiente:

D. M. Nordau.—«El modernismo en España y América.»

Jean Carrere.—«El Papa visto de cerca.»

Enrique Piñeyro.—«El Sastre y el Presidente.»

P. T. Marinetti.—«El Teatro de Gabriel D'Annunzio.»

Ernest Renan.—«Pensamientos Póstumos.»

José Francés.—«Algunas consideraciones acerca de nuestra decadencia artística.»

Jean de Mitty.—«La muerte de Talleyrand.»

Andrés González Blanco.—«Revista bibliográfica.»

Emile Faguet.—«Nuestras Artes y Letras juzgadas en el extranjero.»

Antonio Cortón.—«Miguel Moya y *El Liberal*.»

X.—«*Enquete* sobre el modernismo.»

X.—«Variedades y Revista de Revistas y de periódicos.»

“RENACIMIENTO”

Se ha comenzado á publicar en Madrid una hermosa Revista bajo este nombre. La dirige P. Martínez Sierra, y colaboran en ella Santiago Rusiñol, Rubén Darío, Juan Maragall, Antonio Machado, José

Francés, Juan R. Jiménez y Omar Khayyam. El sumario del primer número, aparecido en el próximo pasado mes de Marzo, es el siguiente:

TEATRO.

Santiago Rusiñol.—«Cigarras y Hormigas.»

POESÍA.

Rubén Darío.—«Pájaros de las Islas.»

Antonio Machado.—«Poesías.»

Juan R. Jiménez.—«Versos accidentales.»

NOVELA.

Juan Maragall.—«La hazaña.»

VIAJES.

G. Martínez Sierra.—«El poeta en Londres.»

CRÍTICA.

José Francés, Azorni, Rubén Darío,

Emilia Pardo Bazán.—«Sobre la obra de Jacinto Benavente.»

GLOSARIO.

Los precios de suscripción son en Madrid, por un año, 21 pesetas. En el extranjero, 25 francos.

Se publica una vez al mes.

Con *El Nuevo Mercurio* que publica Gómez Carrillo con magnífica colaboración, y el contingente que prestan los americanos con sus diversas publicaciones, lo mismo que España, la intelectualidad castellana raya á gran altura en el mundo literario, y todavía se pregunta si nuestra literatura tiene un porvenir inmediato!

ERECCION DE UNA ESTATUA AL "DUQUE JOB"

Lista de la suscripción abierta por la "Revista Moderna de México," hasta el día 30 de Abril de 1907.

Suma anterior . . . \$	3,369 77
Lic. J. López Portillo y Rojas.	25 00
	<hr/>
Total . . . \$	3,394 77



elefantes que se agitaban en los parques y por la trepidación del faro en que ardía una pira de áloe.

De cuando en cuando, decía Matho:

—¿Dónde está? ¡Quiero verla! Llévame á su lado.

—Es una locura —contestaba Spendio;— llamará, aparecerán sus esclavos, y á pesar de tu fuerza, morirás.

Así llegaron á la gran escalinata de las galeras. Matho levantó la cabeza y creyó advertir en lo alto una claridad suave, y aunque Spendio quiso contenerle, subió las gradas.

Al encontrarse en el sitio donde la había visto, el intervalo de los días pasados se borró de su memoria. Todo le hablaba de Salammbó. El cielo, sobre su cabeza, parecía incendiado; el mar llenaba el horizonte; á cada uno de sus pasos una inmensidad mayor le rodeaba, y continuó subiendo con la extraña facilidad que se experimenta en los sueños.

El roce del velo que arrastraba sobre las piedras, le recordó su nuevo poder, pero en el exceso de su esperanza, se sentía tímido é irresoluto.

De tiempo en tiempo pegaba el rostro á las aberturas cuadrangulares de las habitaciones cerradas, en muchas de las cuales creyó ver personas durmiendo.

El último piso, más pequeño, formaba una especie de dado en la cima de las terrazas. Matho le dió la vuelta lentamente.

Una claridad blanquecina brillaba sobre las hojas de talco que tapaban las aberturas y que parecían hilos de finas perlas incrustados en la pared, por la simétrica disposición que tenían. Reconoció la puerta roja con la cruz negra, y los latidos de su corazón redoblaron; hubiese querido huir, pero empujó la puerta, que se abrió.

Una lámpara, en forma de galera, ardía suspendida en el fondo de la estancia, y tres rayos que se escapaban de su cadena de plata, temblaban sobre el pavimento pintado de rojo con rayas negras. En el techo, brillaban amatistas y topacios en el centro de los artesones, y en los lados más largos de la habitación había divanes muy bajos formados de correas blancas.

Una grada de ónice rodeaba una gran balsa de alabastro, junto á la cual se advertían aún las huellas húmedas de una persona. Aromas exquisitos poblaban el aire.

Matho se deslizaba por las losas incrustadas de oro, nácar y cristal, y á pesar de la dureza del suelo, parecíale que se hundían sus pies como si caminara por arena.

Había visto detrás de la lámpara de plata una masa cuadrada de azur, suspendida en el aire por cuatro cuerdas colgantes del techo, y se adelantaba doblando el cuerpo y con la boca entreabierta.

Alas de fenicópteros sujetas á mangos de coral negro, yacían entre cojines de púrpura, cofrecillos de cedro y espátulas de marfil. En cuernos de antílope se veían ensartados brazaletes y sortijas y grandes vasos de arcilla se refrescaban en las hendiduras del muro sobre cañizos.

Muchas veces tropezó en los distintos niveles del suelo que formaban en la sala sucesivos planos. En el fondo, balaustres de plata rodeaban un tapiz sembrado de flores pintadas. Llegó por fin junto al lecho suspendido, hasta un escabel de ébano que servía para subir á él.

Pero la luz sólo alumbraba la orilla y únicamente se veía un ángulo del colchón rojo y la punta de un pie pequeño y desnudo. Entonces Matho atrajo suavemente la lámpara.

Dormía Salammbó con la mejilla apoyada en una mano y el otro brazo extendido. Las ondas de su cabellera se esparcían con tanta abundancia á su alrededor, que parecía tendida sobre negras plumas, y la ancha túnica blanca llegaba hasta sus pies, siguiendo las ondulaciones del talle. Algo de sus ojos se veía entre los entornados párpados. Las cortinas se envolvían en una atmósfera azulada, y el movimiento de su respiración, comunicándose á las cuerdas, parecía mecerla en el aire. Un mosquitero zumbaba.

Matho, inmóvil, sostenía con la mano la galera de plata; pero se inflamó el mosquitero y Salammbó despertóse.

El fuego se extinguió por sí mismo. La lámpara hizo oscilar en el pavimento sombras y haces de luz.

—¿Qué ocurre?— preguntó.

Matho contestóle:

¡Es el velo de la diosa!

—¿El velo de la diosa?— exclamó Salammbó. Y apoyándose en las manos se inclinó hacia afuera estremeciéndose.

El libio añadió:

—He ido á buscarlo para ti en las profundidades del Santuario. ¡Mira!

El zaimph fulguraba despidiendo vivos reflejos.

—¿Te acuerdas? —decía Matho— por la noche te me aparecías en sueños; pero no advertí la muda orden de tus ojos. Si la hubiera comprendido, hubiese venido abandonando el ejército, y no hubiera salido de Cartago. Para obedecerte, bajaría por la caverna de Hadrumeto al Reino de las Sombras! Perdóname. No comprendía lo que me pasaba, pero algo me arrastraba hacia ti! Sin los Dioses, no me habría atrevido jamás! . . . Marchemos! Es preciso que me sigas; si no quieres, me quedo! ¡Qué me importa! . . . Anega mi alma con el soplo de tu aliento! ¡Que mis labios se aplasten besando tus manos!

—¡Déjame ver! —decía Salammbó,— ¡más cerca! ¡más!

Aparecía el alba, y un color de vino llenaba las hojas de talco de los muros. Salammbó, desfallecida, se apoyaba en los cojines del lecho.

—¡Te amo!— gritaba Matho.

Ella balbuceó: ¡Dámelo!

Ambos se aproximaban, y Salammbó, con la simarra blanca que arrastraba por el suelo y con los ojos fijos en el zaimph, avanzaba. Matho la contemplaba deslumbrado por los esplendores de su cabeza, y alargando hacia ella el zaimph, iba á estrecharla contra su pecho. La hija de Hamílcar abrió los brazos, pero de pronto se detuvo y quedaron aturridos, mirándose: Sin comprender lo que él quería, Salammbó sobrecogióse de espanto; sus finas cejas se arquearon, los labios se abrieron y temblorosa pegó en una de las páteras de bronce, que colgaban de las esquinas del colchón rojo, gritando:

—¡Socorro! ¡socorro! ¡Atrás, sacrílego! ¡infame! ¡maldito! ¡A mí, Taanach, Krown, Ewa, Micipsa, Schaul!

Y el rostro espantado de Spendio apareció en la muralla, entre los jarros de arcilla, exclamando:

—¡Acuden! ¡Huye, pues!

Gran tumulto conmovió las escaleras, y un tropel de mujeres, criados y esclavos, penetraron en el aposento con venablos, mæcanas, puñales y cuchillos. Quedaron paralizados de indignación al ver á un hombre; las mujeres daban alaridos, como en los funerales, y los eunucos palidecían bajo su piel negra.

Matho estaba detrás de los balaustres. Con el zaimph que lo envolvía parecía un dios sideral rodeado de un firmamento. Los esclavos iban á acometerle, pero Salammbó los contuvo:

—¡No le toquéis! ¡Es el manto de la diosa!

Había retrocedido hasta un ángulo, pero dió un paso hacia él y extendiendo el brazo desnudo, exclamó:

—¡Maldición sobre ti, que has robado á Tanik! ¡Odio, venganza, destrozo y dolor! Que Gurzil, dios de las batallas, te despedace! Que Mastimán, dios de los muertos, te ahogue! y que el Otro, aquél que no se debe nombrar, te abraze!

Matho dió un grito, como herido por una espada, y ella repitió muchas veces:

—¡Vete! ¡Vete!

Los servidores se apartaron, y Matho, bajando la cabeza, pasó lentamente entre ellos. En la puerta se detuvo, porque la franja del zaimph se había enganchado en una de las estrellas de oro que adornaban el pavimento; tiró bruscamente del velo y bajó las escaleras.

Spendio, saltando de terraza en terraza y salvando setos, barreras y regueros de agua, escapó de los jardines; llegó al pie del faro, en donde concluía la muralla, porque el acantilado era inaccesible en aquel sitio. Cuando alcanzó el borde, se tendió boca arriba y con los pies hacia adelante se dejó deslizar; luego llegó nadando hasta el cabo de las tumbas, dió una gran vuelta por la laguna salada y por la noche entró en el campamento de los bárbaros.

Brillaba el sol; Matho, como un león que se aleja, bajaba por los caminos lanzando á su alrededor miradas terribles.

Un confuso rumor llegaba á sus oídos, que nacía del palacio y se repetía hasta el Acrópolis. Unos decían que habían robado el templo de Moloch, el tesoro de la República; otros hablaban de un sacerdote asesinado, y algunos se imaginaban que los bárbaros habían entrado en la ciudad.

Matho, ignorando cómo salir de los recintos, caminaba sin vacilar en línea recta. Cuando advirtieron su presencia, se oyó un clamor terrible; todos comprendieron lo que ocurría; fué una consternación primero seguida de una cólera inmensa.

Del fondo de los Mappales, de las alturas del Acrópolis, de las catacumbas, de las orillas del lago, acudían hombres y más hombres. Los patricios salían de sus palacios, los comerciantes de sus tiendas, las mujeres abandonaban sus hijos. Todos cogían hachas, palos, espadas; pero el obstáculo que detuvo á Salammbó, detenía también á ellos. ¿Cómo cogerle el velo? Sólo verlo era un crimen; hecho de la propia substancia de los dioses, su contacto producía la muerte.

En el peristilo de los templos, los sacerdotes, desesperados, se retorcian los brazos; los guardias de la Legión galopaban al azar, la gente subía á los terrados de las casas sobre los hombros de los colosos, sobre los mástiles de los navíos. Matho avanzaba, y á cada uno de sus pasos crecía la rabia, pero el terror también. Las calles quedaban desiertas cuando se aproximaba, y aquel torrente de hombres que huía, alcanzaba la cima de las murallas. Por todas partes sólo veía ojos dilatados como para devorarle, dientes que crugían, puños amenazadores, y resonaba en sus oídos, multiplicándose, las imprecaciones de Salammbó.

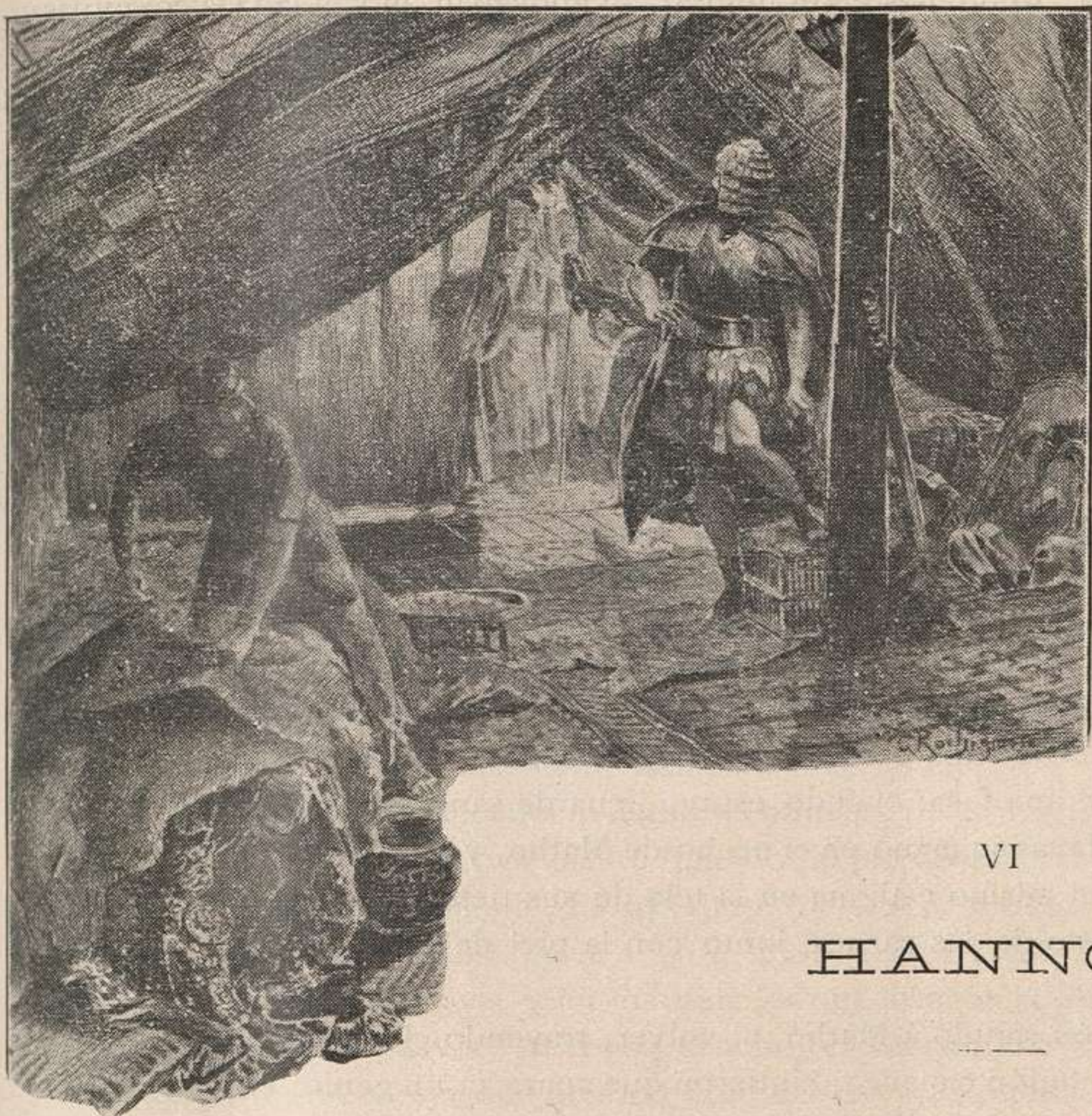
De repente silbó una larga flecha; después otra; las piedras pasaron zumbando, pero los proyectiles mal dirigidos, porque se temía tocar el zaimph, no alcanzaban á Matho; además, servíale de escudo el velo sagrado; lo tendía á derecha á izquierda, delante, detrás, y sus enemigos no hallaban modo de aprisionarle. Cada vez andaba más aprisa. Metíase por calles que le parecían abiertas, y cuando las encontraba cerradas al final por cuerdas y obstáculos de toda especie, retrocedía. Por fin llegó á la plaza de Khamon, donde murieron los baleares; Matho se detuvo palideciendo como el que se siente morir; aquella vez estaba perdido; la multitud aplaudía.

Corrió hasta la gran puerta que estaba cerrada. Era muy alta, de roble, con clavos de hierro y chapeada de bronce; Matho trató de abrirla. El pueblo aullaba de alegría viendo la impotencia de su furor. Entonces tomó su sandalia, la escupió y golpeó las inmóviles hojas. La ciudad entera lanzó un alarido. Parecían haber olvidado el velo é iban á matarle. Matho paseó sobre la multitud una vaga mirada. Sus sienes latían con fuerza inusitada, aturdiéndole; sentía el sopor de la embriaguez. De repente se fijó en la larga cadena

que había para hacer mover la báscula de la puerta, y de un saltó se colgó á ella, poniendo rígidos los brazos y apuntalándose con los pies en las enormes hojas que se entreabrieron.

Entonces quitóse del cuello el gran zaimph y lo levantó cuan alto pudo, sobre su cabeza. El manto, sostenido por el viento del mar, resplandeció al sol mostrando sus colores, sus pedrerías y las figuras de sus dioses; Matho, llevándolo así, atravesó toda la llanura hasta las tiendas de los soldados, y el pueblo, en las murallas, miraba alejarse la fortuna de Cartago.





VI

HANNON

—¡Debí robarla! —decía por la noche Matho á Spendio,— ¡era preciso cogerla y arrebatarla de su casa; ¡nadie se hubiera atrevido á oponerse á mi paso!

Spendio no le escuchaba. Tendido de espaldas, reposaba con delicia junto á una jarra llena de hidromiel, en la que, de cuando en cuando, metía la cabeza para beber más abundantemente.

Matho añadió:

—¿Qué hacer? ¿Cómo volver á Cartago?

—No lo sé —contestó Spendio.—

Aquella impasibilidad le exasperaba, y exclamó:

—¡La culpa es tuya! ¡Me arrastras y después me abandonas, cobarde! ¿Te crees mi dueño? ¡Ah, rufián, esclavo, hijo de esclava!

Rechinaba los dientes y levantaba sobre Spendio su robusta mano.

El griego no contestó. Una lámpara de arcilla brillaba débilmente, iluminando una panoiá, de la que estaba suspendido el zaimph fulgurante.

Matho calzó los coturnos, ciñó su corselete de escamas de bronce y tomó su casco.

—¿A dónde vas? —preguntó Spendio.

—¡Voy allí! ¡Déjame! ¡La traeré! ¡Al que se me oponga, le aplasto como una víbora! La mataré, Spendio.

Calló un instante y luego repitió:

—¡Sí, la mataré! ¡tú lo verás, la mataré!

Pero Spendio, que aguzaba el oído, arrancó bruscamente el zaimph y lo echó á un rincón, tapándole con pieles. Se oyó un murmullo de voces, brillaron muchas antorchas y Narr'Havas entró seguido de unos veinte hombres.

Llevaban mantos de lana blanca, largos puñales, collares de cuero, aretes de madera

y calzado de piel de hiena. Inmóviles en el umbral, se apoyaban en sus lanzas como pastores que reposan. Narr'Havas era el más apuesto de todos; correas adornadas de perlas ceñían sus delgados brazos; el círculo de oro que sostenía alrededor de su cabeza el amplio manto, ostentaba una pluma de avestruz que caía hacia su espalda; una eterna sonrisa mostraba sus dientes; sus ojos eran agudos como flechas y á primera vista se advertía su inteligencia y agilidad.

Declaró que combatiría con los Mercenarios, porque la República amenazaba de antiguo su reino. Tenía, pues, interés en socorrer á los bárbaros y podía serles útil.

—Os proveeré de elefantes, vino, aceite, cebada, dátiles, pez y azufre para los sitios, y os proporcionaré, además, diez mil infantes y diez mil caballos. Si me dirijo á ti, Matho, es porque la posesión del zaimph te ha convertido en jefe del ejército. —Y añadió:

—Además, somos antiguos conocidos.

Matho, entretanto, miraba á Spendio que escuchaba sentado en un montón de pieles, asintiendo con la cabeza. Narr'Havas continuó hablando; invocaba el testimonio de los dioses y maldecía á Cartago; en sus imprecaciones rompió una javalina; sus soldados lanzaron un gran clamor, y Matho, arrastrado por aquella cólera, dijo que aceptaba la alianza.

Se trajo entonces un toro blanco y una oveja negra, símbolos del día y de la noche, y se les degolló al borde de una fosa; cuando estuvo llena de sangre, hundieron en ella los brazos, poniendo Narr'Havas su mano en el pecho de Matho, y éste la suya en el de Narr'Havas; luego repitieron el mismo estigma en la tela de sus tiendas, pasaron la noche comiendo y se quemó el resto de las carnes, junto con la piel de los huesos, los cuernos y las pezuñas.

Una inmensa aclamación saludó á Matho, al volver, trayendo el velo de la diosa; hasta los que no creían en la religión cananea, sintieron que aparecía un genio; en cuanto á tratar de apoderarse del zaimph, á nadie se le ocurrió: bastaba el modo misterioso como se había adquirido para legitimar su posesión. Así pensaban los soldados de raza africana; los otros, cuyo odio era menos tenaz, no sabían qué resolver, y es casi seguro que, de haber tenido navíos, la mayoría se hubiera marchado.

Spendio, Narr'Havas y Matho, enviaron mensajeros á todas las tribus del territorio púnico.

Cartago extenuaba aquellos pueblos, les exigía impuestos exorbitantes, y el grillete, el hacha ó la cruz castigaban á los morosos. Era preciso cultivar la tierra según convenía á Cartago, y entregarle lo que pedía; á nadie se reconocía el derecho de poseer armas, y cuando se rebelaban las aldeas y los pueblos, se vendían á sus habitantes como esclavos; á los gobernadores se les estimaba como si fueran prensas, según el jugo que sacaban. Más allá de las regiones sometidas directamente á Cartago, vivían los aliados, que sólo pagaban un mediano tributo; más allá todavía, vagabundeaban los nómadas, á quienes se podía lanzar contra los aliados; y con tal sistema, las cosechas resultaban siempre abundantes, las yeguas florecientes, las plantaciones soberbias. Noventa y dos años más tarde, Catón el antiguo, tan entendido en materias de cultivo y esclavitud, admiraba tal sistema, y el grito de muerte que repetía en Roma, no era sino la voz de unos celos feroces.

Durante la última guerra, las exacciones redoblaron, por lo cual casi todas las ciudades de la Libia abrieron sus puertas á Régulo; para castigarlas se les exigió mil talentos, veinte mil bueyes, trescientos sacos de polvo de oro, adelantos considerables de semillas, y los jefes de las tribus fueron crucificados ó echados á los leones.

Túnez, sobre todo, execraba á Cartago; más antigua que la Metrópoli, no le perdona su grandeza; permanecía frente á sus murallas, hundida en el barro á la orilla del agua, como un animal venenoso en acecho; las deportaciones, las matanzas y las epidemias, no

la debilitaban; había sostenido á Arcagates, hijo de Agatocles. Los comedores de cosas inmundas hallaron en su recinto cuantas armas quisieron.

Apenas recibieron los correos, estalló en todas las provincias un indecible regocijo; sin detenerse ahorcaron á los intendentes de las casas y á los funcionarios de la República; sacaron de las cavernas las antiguas armas que allí ocultaban; se forjaron espadas con el hierro de los arados; los niños afilaban las javalinas, y las mujeres daban sus collares, sus sortijas, sus aretes, todo lo que podía servir para la destrucción de Cartago. Todos querían contribuir á ella, y los haces de lanzas se amontonaban en las aldeas como gavillas de trigo. Se enviaron ganados y dinero; Matho pagó á los Mercenarios los atrasos de su sueldo, y aquella idea de Spendio le hizo nombrar generalísimo de las cohortes bárbaras.

Al mismo tiempo llegaban innumerables grupos de hombres para aumentar el ejército; primero aparecieron los hombres de raza autóctona, después los esclavos del campo. Los soldados se apoderaron de grandes caravanas de negros á quienes armaron, y muchos mercaderes que iban á Cartago, permanecieron entre los bárbaros, incitados por el lucro. Incesantemente llegaban al campamento de los mercenarios grupos numerosos, y desde las alturas del Acrópolis veíase cómo aumentaba el ejército.

En la plataforma del acueducto había centinelas de la Legión, y de trecho en trecho calderas de cobre donde hervía asfalto fundido; al pie de las murallas, la gran muchedumbre se agitaba tumultuosamente, mostrándose incierta para asaltarlas.

Utica é Ippo Zarita, rehusaron la alianza, pues siendo colonias fenicias como Cartago, se gobernaban por sí mismas, y en los tratados que firmaba la República se admitía siempre una cláusula en su favor; en consecuencia, respetaban á la hermana que los protegía, y por otra parte, no creían que una multitud de bárbaros pudiera vencerla; al contrario, estimaban que ella sería la vencedora, y querían permanecer neutrales y en paz.

Pero su posición las hacía indispensables. Utica, situada en el fondo de un golfo, podía enviar fácilmente á Cartago socorros del exterior, y si resultaba vencida, Ippo Zarita, situada seis horas más allá, también en la costa, la reemplazaría, y la metrópoli, así socorrida, sería inexpugnable.

Spendio quería que se asediara inmediatamente á Cartago, pero Narr'Havas se opuso; era preciso, ante todo, asegurar las fronteras.

Tal era la opinión de los veteranos; Matho la aprobó y quedó decidido que Spendio atacaría desde luego á Utica, Matho á Ippo Zurita y el tercer cuerpo de ejército, tomando á Túnez por base de operaciones, ocuparía la llanura cartaginesa. Autharito se encargó de su jefatura, y en cuanto á Narr'Havas, debía volver á su reino para procurarse elefantes y recorrer los caminos con su caballería para evitar la llegada de socorros á la metrópoli.

Las mujeres se indignaron al saber aquella decisión; envidiaban las joyas de las damas púnicas. Los libios también reclamaron; se les había llamado contra Cartago, y ahora se les arrojaba de ella. Matho mandaba á sus compañeros, á los iberos, á los lusitanos y á los hombres de Occidente y de las islas, y los que hablaban griego, pidieron servir bajo las órdenes de Spendio, porque fiaban en su inteligencia.

La estupefacción fué grande cuando se vió que el ejército se movía de repente; luego se extendió bajo la montaña Ariana, por el camino de Utica, á orillas del mar. Un gran destacamento permaneció junto á Túnez, y el resto desapareció y reapareció de allí á poco á la otra orilla del golfo, cerca de los bosques entre los cuales se perdió.

Eran ochenta mil hombres tal vez. Las dos ciudades tirias no resistirían y pronto volverían contra Cartago; ya un núcleo importante la sitiaba ocupando el istmo por su base, y bien pronto tendría que rendirse por hambre, pues no podría vivir sin el auxilio de las provincias; el genio político faltaba á Cartago, y su eterna sed de ganancias le impedía

tener la prudencia que proporcionan ambiciones más nobles. Navío anclado en la arena libica, sólo podía sostenerse en ésta á fuerza de trabajo; las naciones como las olas, mugían de continuo á su alrededor y la menor tempestad conmovía el formidable edificio.

El tesoro estaba agotado por la guerra romana y por lo que había derrochado y perdido, mientras se regateaba con los bárbaros; sin embargo, era preciso encontrar soldados y no había un gobierno que fiara en su buena fe; poco tiempo antes, Ptolomeo le había rehusado dos mil talentos; y sobre todo, como lo previera Spendio, el robo del velo descorazonaba á los cartagineses.

Pero aquel pueblo que se sentía aborrecido, apretaba contra su corazón su dinero y sus dioses; y su patriotismo se avivaba por la forma de su gobierno.

El poder dependía de todos, sin que ninguno fuera bastante fuerte para acapararlo; las deudas públicas se consideraban como particulares; los hombres de raza cananea tenían el monopolio del comercio; pero sumando los beneficios de la piratería á los de la usura, explotando rudamente las tierras con los esclavos y los pobres, á veces se llegaba á la riqueza.

Esta era la única que daba acceso á todas las magistraturas, y aunque el poder y el dinero se perpetuaran en las mismas familias, era tolerada la oligarquía por la esperanza de conseguirlas.

Las sociedades de comerciantes que redactaban las leyes, escogían los inspectores de hacienda, que al dejar su empleo, nombraban á los cien individuos del Consejo de los Antiguos, que dependía, á su vez, de la Gran Asamblea, reunión general de todos los ricos.

En cuanto á los dos sufetas, esos restos de los antiguos reyes, menos poderosos que cónsules, se elegían el mismo día en el seno de dos familias distintas; y se les dividía por toda suerte de odios y envidias para que se debilitaran recíprocamente. No podían deliberar sobre la guerra, y cuando quedaban vencidos, el Gran Consejo les crucificaba.

Así, pues, la fuerza de Cartago emanaba de los Pussylas, establecidos en un gran patio en el centro de Malqua, en el sitio en que había sacado la primera barca de marineros fenicios, y que ahora resultaba tenerse firme, porque desde entonces se había retirado considerablemente el mar. En ese patio había gran número de habitaciones pequeñas de arquitectura arcaica, construidas de troncos de palmeras, para que pudieran deliberar las diversas compañías. Los ricos se reunían en aquel sitio y pasaban discutiendo horas y horas acerca de sus intereses y de los del gobierno, tratando desde el cultivo de la pimienta hasta de la exterminación de Roma; tres veces por luna hacían subir sus lechos á la alta terraza que limitaba los muros del patio; y desde abajo se les veía sentados en la altura, sin coturnos y sin mantos, con los diamantes de sus dedos que se paseaban en las carnes, y sus grandes arracadas que se hundían en las jarras, todos gruesos y fuertes, medio desnudos, dichosos, riendo y comiendo en pleno azul, como tiburones que juegan entre las olas.

En la presente ocasión, no podían disimular su inquietud y estaban pálidos; la muchedumbre que les esperaba en la puerta les escoltaba hasta sus casas tratando de sacarles alguna noticia; como en tiempo de peste, todas las casas estaban cerradas, las calles se llenaban y vaciaban en un momento; se subía al Acrópolis, se acudía al puerto; el Gran Consejo deliberaba todas las noches.

Por fin el pueblo fué convocado en la plaza de Khamon y se decidió dar el poder supremo á Hannon, el vencedor de Hecatophilo.

Era un hombre devoto, taimado, implacable para los africanos, un verdadero cartaginés; sus rentas eran tan grandes como las de los Barcas, y nadie como él era tan entendido en administración.

Decretó el aislamiento de todos los ciudadanos válidos; colocó catapultas en las torres;

“REVISTA MODERNA DE MEXICO”

MAGAZINE ILUSTRADO.

Subscripción en la ciudad, semestre adelantado	\$ 3 00
En los Estados y Extranjero ” ” 	4 00
Número suelto, en la ciudad	0 60

Propietarios: JESUS E. VALENZUELA y AMADO NERVO.

Director: JESUS E. VALENZUELA.

Consultor artístico: JESUS URUETA.

Secretario de Redacción: EMILIO VALENZUELA.

Dirección: Cordobanes núm. 2. Apartado 49 bis.

SUMARIO DEL NUMERO 3.

TEXTO:

- Modernismo.—Jesús E. Valenzuela.
De «Odas Breves.»—Manuel Gutiérrez Nájera.
Ibsen y Kierkegaard.—Miguel de Unamuno.
Mujeres y Libros.—Efrén Rebolledo.
Palabras pronunciadas en la manifestación de la juventud literaria, del miércoles 17 de Abril de 1907.—Max Henríquez Ureña.
Horas de ausencia.—Andrés González Blanco.
Viajes extraordinarios de Sir Job, Duque.—Manuel Gutiérrez Nájera.
La hermosa librera.—Enrique Diez-Canedo.
Las Tragedias Grotescas.—Pío Baroja.
Homenaje al Duque Job.—Roberto Argüelles Bringas.
Algunas notas sobre pintura.—Angel Zárraga.
Instante.—Darío Herrera.
Leyendo.—Angel Guerra.
A Rubén Darío.—Manuel S. Pichardo.
Tendencia de la Literatura Hispano-Americana.
El Dragón.—Manuel Ugarte
Carducci.
La estatua de Coleoni.—Rafael López.
Ella.—Emilia Pardo Bazán.
Darío Herrera.
Mis Pinos de Palmas.—Rubén Darío.
Dilucidaciones.—Rubén Darío.
Schumann.—Rubén M. Campos.
Visión.—Amado Nervo.
La emoción de las flores.—Rafael López.
Sub-sole.—Baldomero Lillo.
«El Nuevo Mercurio.»
«Poesías» de D. Miguel de Unamuno.
Necrologías.
Erección de una estatua al Duque Job.
Folletín de la «Revista Moderna»

GRABADOS:

Agua-fuerte de Julio Ruelas.
Don Miguel de Unamuno.

Rubén Darío (último retrato).
Castillo de San Angel. Roma.

LAS PILDORAS NACIONALES

SON UN MARAVILLOSO

REMEDIO ANTIPALUDICO

Mucho más eficaz
que la quinina
Contra Calenturas,
Influenza, Debilidad
y Anemia.

No exigen dieta.



A la vez que es-
timulan el apetito y
producen sangre y
fuerzas, destruyen
todo germen de Ma-
laria ó Paludismo,
sin ser purgantes.

¡HACEN CORRER A LAS CALENTURAS!

DE VENTA:

En todas las Droguerías y Boticas

Cajas chicas . . . \$ 0 50

Id. grandes . \$ 1 25

Descuentos Liberales

al Comercio.



Las enviamos
á cualquier parte

Por Correo

FRANCO DE PORTE

A toda persona que lo solicite
le enviaremos "gratis"
un folleto.



Compañía de las Píldoras Nacionales.

Primera de San Francisco Núm. 14.